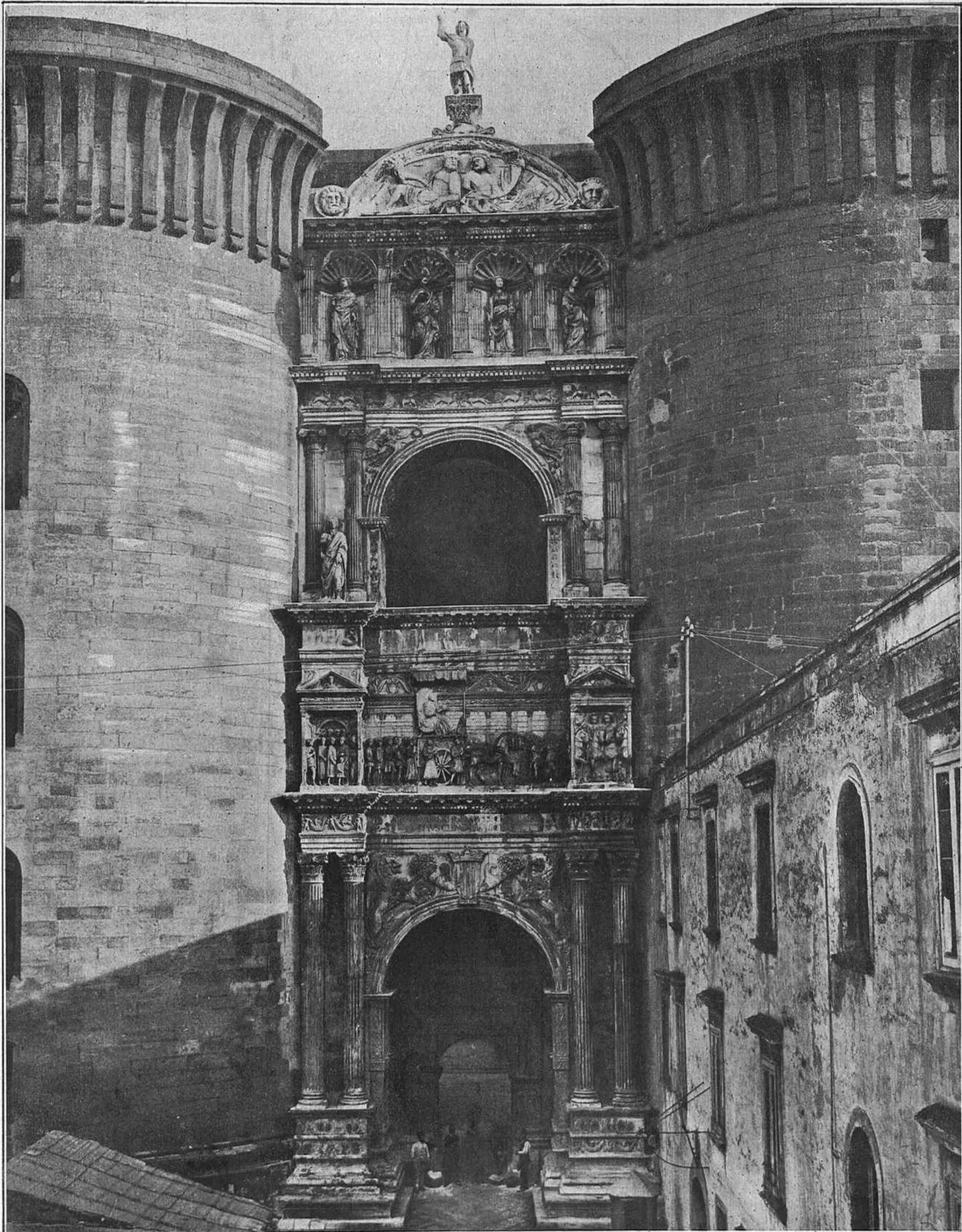


La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1907

NÚM. 1.336



Nápoles.—Arco de Aragón erigido por Alfonso el Magnánimo y recientemente puesto al descubierto por iniciativa del Ayuntamiento napolitano bajo la dirección del arquitecto Adolfo Avena. (De fotografía de Romieux.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Escenas canarias*, por Sancho Gil. — *La novela de las flores*, por Silvia Baccani Giani. — *Entrepaño pintado por Mr. Frank Brangwyn para la Bolsa de Londres*, por Arturo S. Covey. — *Brujas. La inauguración del puerto. El torneo del «Árbol de Oro»*. — *Brest. Marineros yanquis y japoneses*. — *D. Eduardo Benot*. — *El arco de Aragón en Nápoles*. — *Necrología*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *San Sebastián. Concurso de bandas y orfeones*. — *El Instituto Carnegie de Pittsburgh*.

Grabados.—*Nápoles. Arco de Aragón erigido por Alfonso «el Magnánimo»*. — Dibujo que ilustra el artículo *Escenas canarias*. — *Amor loco*, escultura de J. Lambeaux. — *Estudios en color y al lápiz para el entrepaño de la Bolsa de Londres pintado por Frank Brangwyn*. — *Brujas. El obispo de Brujas Monseñor Waffelaer y el rey Leopoldo II. Inauguración del puerto. El torneo del «Árbol de Oro»*. — *Grave accidente*, cuadro de J. Miralles Darmanin. — *Las huelgas de Anzin*, cuadro de L. H. Ionas. — *El vellocino de oro; el filtro de Medea*, cuadro de Alberto Maignan. — *Brest. Marineros yanquis y japoneses*. El almirante japonés Ijuin platicando amigablemente con el almirante yanqui Stockton. — *D. Eduardo Benot*. — *San Sebastián. Concurso de bandas y orfeones*. — *Corriendo la pólvora*, cuadro de G. Clairin. — *Monumento al poeta Teodoro Fontane inaugurado en Neuruppin (Alemania)*, obra de Maximiliano Wiese.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Política internacional centroamericana: *El Salvador y Nicaragua* y el tratado de Amapala: la revolución y la guerra en El Salvador: intervención de Zelaya: propósitos de imponer por la fuerza la Unión Centroamericana: la acción de los Estados Unidos y de México en Centro-América. — *Costa Rica y Panamá*: la deuda exterior de Costa Rica. — *Guatemala y México*. — *Cuba*: los partidos políticos. — *Venezuela*: las deudas y las relaciones internacionales. — Alfonso XIII en América.

Persiste el malestar político en Centro América. Pudo suponerse, con algún fundamento, que el tratado suscrito en Amapala el 23 de abril del corriente año había puesto término á las discordias entre El Salvador y Nicaragua.

Por virtud de ese tratado debieron quedar reanudadas las relaciones «sobre la base de la mejor buena fe que debe presidir en la inteligencia amistosa de dos pueblos hermanos» (art. 1.º del Tratado), conviniendo los gobiernos signatarios en que el de Nicaragua invitase á los demás de Centro-América á un Congreso Centroamericano en el puerto de Corinto «para celebrar un tratado general de paz y amistad, sobre la base del arbitraje obligatorio, que substituya á los pactos anteriores de la misma índole, celebrados en Corinto y San José de Costa Rica, á fin de que puedan evitarse en lo sucesivo los conflictos armados entre pueblos hermanos» (art. 2.º).

Pero el tratado de Amapala, como otros de los convenidos entre las Repúblicas centroamericanas en estos últimos años, ha sido letra muerta. El 11 de junio el presidente de El Salvador D. Fernando Figueroa hacía saber, por medio de proclama escrita en tonos enérgicos, que el de Nicaragua, Sr. Zelaya, había roto los compromisos solemnemente contraídos con intervención de los gobiernos de México y de Washington.

Como en la anterior guerra con Honduras, Zelaya lanzábase á la guerra apoyando á los enemigos políticos del gobierno á quien combatía; la invasión coincidió con el movimiento revolucionario favorable á Prudencio Alfaro, que aspira á substituir á Figueroa en la presidencia de la República salvadoreña.

La expedición habíase hecho en el cañonero *Momotombo*, armado con el mayor secreto en mares de Nicaragua; no faltaron en ella, además de los revolucionarios de El Salvador, los aventureros extranjeros que siempre toman parte en estas contiendas; entre ellos, los yanquis hermanos Moissant y el alemán Altschul.

En Sonsonate chocaron los invasores con las tropas que rápidamente envió el gobierno de El Salvador; vencidos aquéllos, tuvieron que desbandarse, y fracasó así la intentona, en la que Zelaya niega haber tenido participación. Pero el hecho es que de puerto de Nicaragua y en buque de esta República salió la expedición contra El Salvador. Fué, por lo menos, una expedición filibustera que no se cuidó de impedir el gobierno de Nicaragua.

Compréndese, pues, que haya motivo para los temores y recelos que sienten ahora las demás Repúblicas de Centro América. Se atribuye á Zelaya el resuelto propósito de crear la Unión Centroamericana por la fuerza y en provecho propio. Para realizar mejor su intento, procura fomentar la discordia política y la guerra civil en Honduras, Salvador y Guatemala, favoreciendo las pretensiones de los que aspiran á dominar en estas Repúblicas y se muestran bien dispuestos á reconocer su preponderancia.

Hasta el día, la fortuna no le ayuda. Mantiene, sí, la intranquilidad en esos países; pero Terencio Sierra, su candidato para la presidencia de Honduras, tuvo que ceder el campo á Dávila; Figueroa vence á los invasores de Acajutta; Estrada Cabrera, el de Guatemala, que tiene también aspiraciones á predominar en la América Central, refuerza su ejército y procura adquirir cañoneros que hagan frente á los que posee Nicaragua. Las otras dos Repúblicas se arman también á toda prisa, y las tres preparan alianza contra el enemigo común.

Parece, pues, que se avecinan acontecimientos importantes en Centro-América. El ideal de unión tiene partidarios entusiastas, para quienes el fin justifica los medios; á todo trance quieren llegar, sea como fuere, á la unión de esos pequeños Estados, que viven ahora en perpetua zozobra y en constante desgobierno. Sin embargo, preciso es reconocer que los procedimientos de fuerza no son los más convenientes para constituir y consolidar la gran nacionalidad Centroamericana.

Por esto, sin duda, hay muchos que aspiran á realizar ese ideal valiéndose de acción pacífica garantida transitoriamente por yanquis ó mexicanos. Los primeros inspiran poca confianza; por medios indirectos toman siempre parte en las revueltas y contribuyen á agravar los conflictos. Así, como hemos visto, en la invasión de Acajutta figuraban como cabecillas importantes los Moissant, que cayeron prisioneros de las tropas de El Salvador; inmediatamente vino la consiguiente reclamación del ministro de los Estados Unidos en la capital de la República.

Mejor acogida tendría, seguramente, la intervención de México. Cree el presidente Sr. Díaz—según dice la prensa de su país—que la unión debe ser obra espontánea de los mismos centroamericanos, bajo la dirección de un hombre de prestigio y de carácter. En el estado á que han llegado las cosas, dada la animosidad que existe entre los actuales presidentes de las Repúblicas centroamericanas, lo más acertado sería prescindir de todos ellos, y encomendar la empresa á algún otro político ilustre, que lleve ya tiempo apartado del poder. Mas difícilmente podría ahora éste, fuera quien fuere, cumplirla con eficacia, si no contara con el apoyo más ó menos directo del presidente de la República mexicana. En el programa de la política internacional de México debe figurar como labor preferente todo cuanto tienda á favorecer la constitución de la nacionalidad centroamericana.

En el movimiento político de Centro-América, á que nos venimos refiriendo, no toma parte Costa Rica. Los Estados Unidos han advertido á Zelaya que le conviene dejar en paz á esta República. Se halla demasiado cerca de Panamá.

Otra vez circula el rumor de unión ó federación de Panamá y Costa Rica. Dícese que la mayor dificultad para ello es la cuestión de la deuda exterior. Panamá no la tiene aún, y Costa Rica debe muchos miles de libras esterlinas á capitalistas ingleses, que ahora vienen apremiando y aun amenazan con la intervención de su gobierno para exigir á viva fuerza el pago.

El presidente de Costa Rica, en su mensaje de 1.º de mayo, aludió á esa deuda. Había esperanza de arreglo amistoso y muy buenos deseos de cumplir con los acreedores; para ello se proyectaba un nuevo impuesto sobre la exportación de plátanos.

Mas pudiera suceder que lo que ahora se presenta como dificultad para la unión, fuera en su día estímulo para realizarla. Si á los Estados Unidos les conviniese agregar Costa Rica á Panamá, esos yanquis, que tan sobrados están de dólares, ¿no podrían tomar sobre sí la deuda, con lo que además velarían por el buen cumplimiento de la doctrina monroista, evitando que barcos ingleses repitieran el caso de Venezuela?

A mediados de junio corrió la voz de que el presidente de Guatemala Sr. Estrada Cabrera había sido asesinado. Las legaciones de la República se apresuraron á desmentir la noticia. El presidente estaba bueno y sano, su popularidad iba en aumento, la tranquilidad era completa en el país, etc., etc.

La cuestión con México no ha tenido graves consecuencias, gracias á la prudencia y discreción del general Porfirio Díaz. A las reclamaciones del gobierno mexicano exigiendo la extradición de los asesinos de Barillas, replicó Estrada reclamando la de adversarios políticos suyos refugiados en México; le fué negada, por no tratarse de delitos comunes.

Oficialmente no se han roto las relaciones diplomáticas entre México y Guatemala; pero de hecho

están interrumpidas, pues para evitar atentados ó nuevos conflictos el gobierno mexicano trasladó su legación en Centro-América, que residía en Guatemala, á la capital de la vecina República de El Salvador.

Desde marzo último está reconstituido el partido conservador cubano y dispuesto á luchar en los comicios con los liberales. Son éstos los más favorecidos por la intervención yanqui; pero hay entre ellos poca armonía. Aspiran á la futura presidencia de la República Zayas y José Miguel Gómez, y ha surgido un tercer candidato, el general Pino Guerra. Aunque los conservadores están más unidos, nótase en todos cierta indecisión y poca disciplina, y se teme que el gobierno provisional de los yanquis dure más de lo que se suponía.

La huelga de los tabaqueros y el bandolerismo en algunas provincias han contribuido á empeorar la situación. Son también muy frecuentes los conflictos promovidos por la soldadesca y la marinería de los yanquis, que toman á Cuba como país conquistado y se burlan de leyes y de reglamentos municipales. En varias ocasiones la policía cubana ha tenido que hacer uso de las armas para poner á raya á esas gentes, de día en día más impopulares y más odiadas en la isla.

Castro, el presidente de Venezuela, cuya pertinaz dolencia tantos temores infundía en unos y tantas y tan gratas esperanzas en otros, goza de buena salud. El 5 de junio leyó, con voz clara y entera, el Mensaje que presentaba al Congreso.

Estaba entonces á punto de liquidarse por completo la deuda contraída á favor de las potencias que bloquearon los puertos de Venezuela y á las que el Tribunal de La Haya dió la preferencia: ahora empezarán á cobrar los demás acreedores.

Van restableciéndose las buenas amistades con los extranjeros; yanquis y franceses, tan altivos y exigentes antes, se han convencido de que amenazas y bravatas hacían poca mella en el ánimo de Castro. Son ya muy cordiales, en apariencia al menos, las relaciones con los Estados Unidos, y se confía en renovarlas pronto con Francia.

Con entusiasmo se celebró en toda la República el séptimo aniversario del advenimiento á la presidencia del general Castro. Senadores, diputados y delegados de los municipios tuvieron solemne sesión el 23 de mayo, en la sala del Senado, para ofrecer al presidente una medalla conmemorativa.

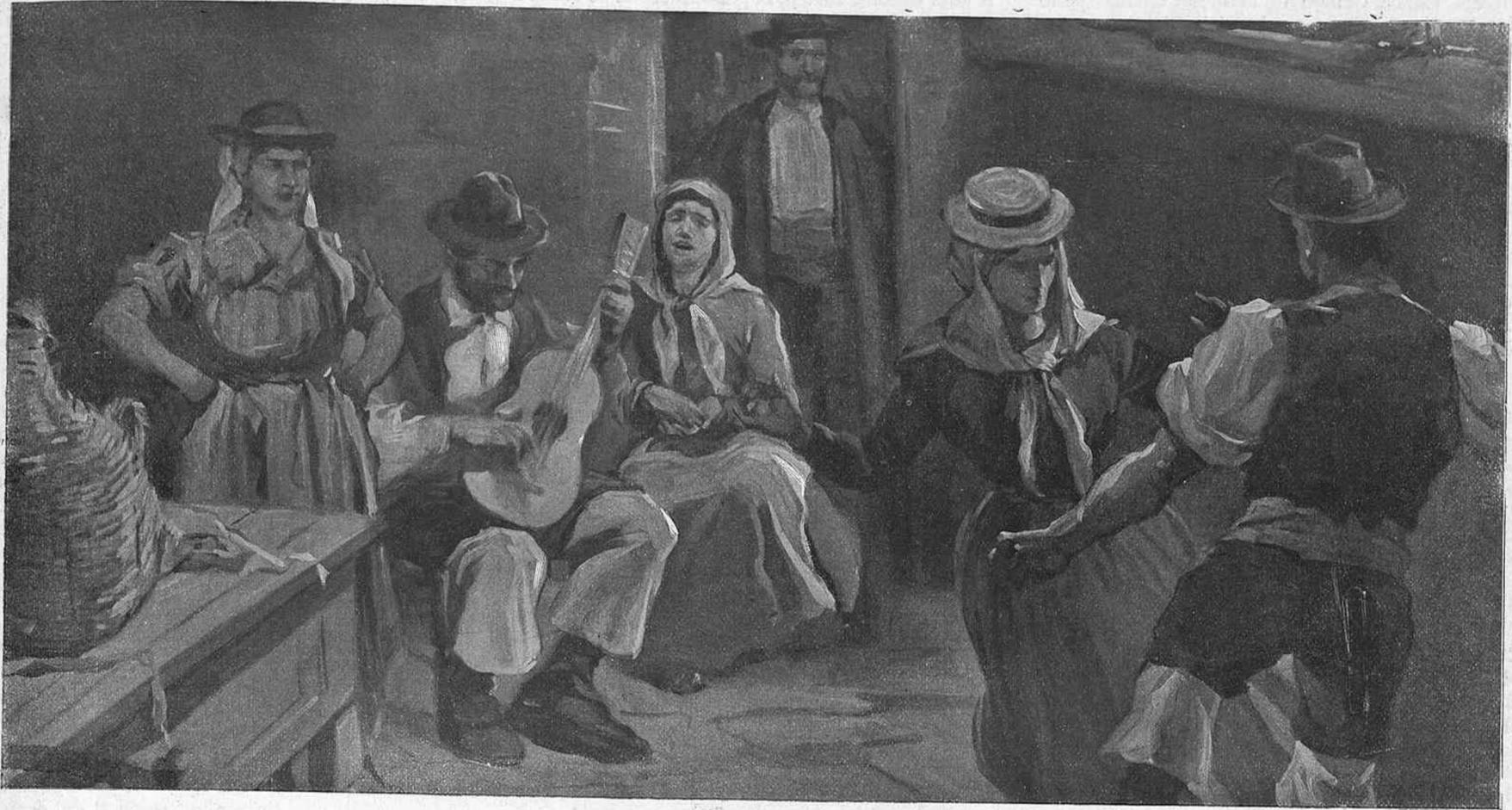
En los primeros días del próximo pasado año, cuando se supo en América que el rey de España iba á contraer matrimonio, algunos periódicos del Nuevo Mundo, principalmente los que son órgano de las colonias españolas allí residentes, lanzaron la idea de que nuestros jóvenes monarcas hicieran su viaje de boda cruzando el Atlántico para ir á recorrer las hermosas tierras americanas que fueron parte de los dominios de España. Bien puede suponerse la triunfal acogida que allí hubieran tenido D. Alfonso XIII y su augusta esposa.

Ahora, en diarios de Nueva York y de México se habla de la posibilidad de una visita del rey de España á la Argentina, Chile y otros países de América, y se dice que á repetidas y urgentes instancias de grupos influyentes de esas Repúblicas, el Gabinete español está considerando la conveniencia de la jira transatlántica del monarca.

No hay que esforzarse en demostrar los excelentes resultados que tendría esa excursión. Como escribe, desde Nueva York, el ilustre periodista hispano-americano D. César Zumeta, serían no sólo propicios al comercio de España con esas naciones, sino á un acercamiento político que, de una parte, aumentaría el prestigio de España en el concierto europeo, y de la otra contribuiría á poner á cubierto á la América hispana de los peligros á que, para su libre desarrollo comercial y político, la expone el imperialismo yanqui. Urge reforzar la mancomunidad de intereses entre los latinos de América y de Europa, y en esta empresa España debe tomar la iniciativa.

Aquí no se han hecho públicos esos proyectos atribuidos á nuestro gobierno; pero la idea merece, ciertamente, muy seria consideración. Los hombres de Estado de España y sus diplomáticos deben poner empeño en vencer cuantas dificultades puedan oponerse á la visita de Alfonso XIII á América.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Un mocetón de manos enormes rasgueaba en una guitarra las folias.

ESCENAS CANARIAS

En dos velas colocadas encima de una tabla cruzada sobre la viga que atravesaba el estrecho cuarto, consistía toda la iluminación; el fresco airecillo de la noche que entraba por la puerta de la carretera, al hacer vacilar la llama de las velas, daba á las sombras movilidad y proporciones fantásticas.

También era escaso el mobiliario, reducido á dos mesas colocadas á ambos lados de la estrecha puercecilla del fondo y unas cuantas sillas. Sobre una de las mesas, un garrafón de vino y unos mazos de cigarrillos eran lo único que indicaba que aquello era una venta ó un despacho de vino.

Sentado sobre la otra mesa, un mocetón de manos enormes rasgueaba en una guitarra las folias, el canto típico de la tierra, que bailaban en el centro del cuarto dos parejas braceando y moviéndose airosamente.

De cuando en cuando atravesaba el aire la copla de dulce tristeza, que animaban los espectadores con oles y palmas.

De pronto apareció en la puerta un mozo alto y delgado, vestido de negro, que seguía con interés los incidentes del baile: sobre el fondo oscuro de la puerta se destacaba únicamente su cara pálida.

Una vieja sentada cerca del guitarrista dijo con voz burlona á una de las bailadoras, hermosa morena, de ojos negros, con las mejillas encarnadas por la agitación del baile:

—Trina: ya apareció aquello.

Al poco rato Trina dejó de bailar y cedió á otra su puesto; la vieja que había hablado antes la llamó.

—Ven aquí, Trinilla: ¿otra vez estás peleada con Luciano?

—No es nada, respondió Trina riendo; un pleitillo ligero.

—Yo no sé, hija, repuso la vieja, cómo quieres tú á ese hombre tan pálido y tan flaco. ¡Mia pa allá qué cara de difunto! ¡Si parece que está muerto de hambre!

—No será por falta de dinero, que nunca le faltan dos duros en el bolsillo pa gastárselos como le parezca.

—Verdad es, saltó otra vieja que estaba al lado; pero como todo el mundo dice que Luciano no come...

—¿Que no come?, respondió Trina con sonrisilla burlona. ¿Entonces usted cree que se mantiene del aire como los apagaos?

Se separó de ellas y se sentó enfrente, donde había dos sillas desocupadas: aparentando despreocupación recorrió el cuarto con la vista y miró á Luciano con el rabillo del ojo, sonriendo satisfecha al ver su mirada ardiente clavada en ella.

Poco después él se decidió, y atravesando por entre los bailadores, se sentó á su lado; con voz dulce le habló al oído:

—¿Por qué has bailado? ¿No sabes que no me gusta que bailes cuando yo no estoy?

Afectando indiferencia respondió ella:

—Me parece, hijo, que nosotros no tenemos *entodavía* firmado ningún documento por el que yo me obligue á obedecerte.

Luciano no respondió y bajó la vista golpeando el suelo nerviosamente con el tacón del zapato.

Mientras tanto el baile continuaba: el de la guitarra, que no quitaba de Trina los celosos ojos, cantó con rabia:

Si la mar fuera de leche
y el Pico Teide de gofio,
ya se lo hubiera comido
un *hambrón* que yo conozco.

Algunas risillas burlonas se dejaron oír: era que ninguno de los mozos del pueblo quería bien á Luciano, que con habilidad había sabido substraerse al rudo trabajo de la tierra que consumía los esfuerzos de los otros. Él, en cambio, comprando y vendiendo paja, tratando reses para los matarifes de la ciudad y otros negocios análogos, ganaba mucho más que ellos en la brega constante. Además su rumbosidad, que admiraban las mujeres y que ellos no podían imitar, les humillaba.

—Me parece, dijo Luciano á Trina con voz ronca, que Eugenio tiene ganas de que yo lo *esnunque*.

—¿Quién? ¿Tú?, le respondió ella riendo. ¡Si de la primera *cachetada* no te deja una muela en su sitio!

—¡Cállate, Trina, cállate!, exclamó él furioso. Tú tienes ganas de que yo empiece aquí al *trompetazo* por los hombres y termine por las mujeres.

Sin responderle volvió ella la cara, sonriendo con aire de duda.

Terminadas las folias, otro mozo cogió la guitarra y empezó á tocar una *isa*. Las parejas, cogidas de las manos, se preparaban para bailarla *en cadena*.

—¿Quieres bailar conmigo?, dijo Luciano á Trina de pronto.

—¿Y por qué no?, respondió ella con indiferencia. Empezó el baile; enfrente de Luciano, Eugenio, el que antes tocaba la guitarra, sonreía provocativamente, dirigiendo bromas á Trina, al oído, cada vez que se cruzaban en la *cadena*.

Cuando terminó *la rueda*, cada uno quedó bailando con su pareja. Luciano, con ira, le decía á Trina al oído:

—Si llega á durar el baile un minuto más, *estallo*.

Ella, como si no le oyera, empezó á cantar. Bailaba lentamente, moviéndose apenas para que el movimiento no la fatigase; su voz entera y potente resonaba impregnada de un encanto supremo: todos se

habían detenido y escuchaban atentamente la letra del canto:

Son las mujeres canarias
á imagen del viejo Teide:
guardan un alma de fuego
bajo un semblante de nieve.

El aire grave y dulcemente monótono de la *isa canaria* adquiría al escaparse de sus labios un dejo de tristeza, algo nostálgico, que evocaba la poética melancolía de los cantos orientales. Cantaba entornando los ojos, con la cabeza echada hacia atrás y doblándose sobre el brazo de Luciano, que la miraba sonriendo con arrobamiento.

Cuando terminó, todos rompieron en aplausos y alabanzas.

—Bien, Trinilla, bien.

—Así se canta.

Ella, sonriendo satisfecha, bailaba rápidamente. En una de las vueltas les detuvo Eugenio, tocando á Luciano en un brazo.

—¿Me haces el favor de cederme la pareja?, dijo.

—No, le respondió Luciano resueltamente.

A la vuelta, Eugenio, pálido de coraje, les detuvo de nuevo.

—¿Con qué derecho impides tú que baile con ella? ¿Por qué no quieres cederla?

—Porque no me da la gana, respondió Luciano soltando á Trina.

Sin esperar á más, Eugenio se lanzó sobre él. Algunos trataron de contenerlos: otros intervinieron. «¡Dejarlos, dejarlos que se entiendan; son dos hombres!» Las mujeres huyeron gritando. Sólo quedó Trina siguiendo con mirada angustiada los incidentes de la lucha. Temía por Luciano, más débil que Eugenio, que era uno de los mozos más fuertes del pueblo.

En el cuarto todos miraban en silencio; el resoplar de los contendientes y el pataleo de la lucha era lo único que se oía; recorrieron aferrados uno á otro todo el cuarto, tropezando con las mesas, con las sillas, con la pared. Por último, Luciano, habilísimo luchador, *encaderó* al otro y *lo sacó* por la cintura, dejándolo caer al suelo: fué una costalada brutal, que resonó como la caída de un buey herido, produciendo ese sonido característico, mezcla de sonidos de ropas, huesos y músculos golpeados. Todos rodearon al caído, levantáronle y le sentaron en una silla; varios le preguntaron con interés si se había hecho daño.

—No, no ha sido nada, respondió; un golpe en la rodilla que me molesta un poco.

Luciano, con el pelo revuelto, desaliñado el traje y la respiración fatigosa, miraba por encima de los hombros de los demás. Al ver que no era nada se tranquilizó, pues creyó haberlo reventado.

Empezó á buscar su sombrero que había caído en

la refriega; estaba debajo de la mesa; cuando se lo ponía sintió que una mano lo cogía del brazo: era Trina.

—Vámonos, vámonos, le dijo.

Salieron a la carretera; ella bien agarrada a su brazo, más enamorada que nunca, como mujer admiradora del valor y la destreza; marcharon hacia la casa de ella, que estaba un poco más lejos.

Su madre, sentada en la escalerilla de piedra de cuatro ó cinco escalones que daba acceso a la casa, la esperaba. Desde lejos la vio venir y le preguntó:

—Oye, tú, ¿dicen que ha habido riña en casa de María?

—No ha sido nada, señora: una lucha nada más, respondió Luciano riendo.

—¿Otra vez vuelves arreglada con Luciano, condenada?, gritó la vieja, que no había reparado en éste. ¡Cuánto te durará!

—Ahora es para siempre. ¿Verdad, Trinilla?, le preguntó él.

—Puede ser, respondió ella riendo picarescamente.

En el reloj de la iglesia dieron las doce y todavía estaba Luciano al pie de la escalera y ella en lo alto, apoyada contra el quicio de la puerta, hablando.

Dentro se oyó la voz de la madre llamando.

—¡Trinidad! ¡Las doce! ¿Te vas a quedar enamorando hasta la madrugada, demonio?

Era muy tarde; se hacía necesario despedirse.

—Adiós, Trina, hasta mañana.

—Adiós, Luciano, respondió ella.

No se dijeron más: él se alejó volviendo la cabeza mientras pudo distinguir su blanco perfil destacándose sobre el fondo oscuro de la puerta.

A lo lejos, en una guitarra, rasgueaban las folías, á las que el misterioso silencio de la noche daba un tono de melancolía indefinible, y una voz cantaba:

Cuando una canaria quiere
á quien la sabe querer

SANCHO GIL.

LA NOVELA DE LAS FLORES

He notado que todas las plantas trepadoras desdeñan el sostén de un cuerpo helado y muerto, como son las astas de hierro ó de madera, y no sé—dicho sea entre paréntesis— cómo quien no admite un alma sensible en los vegetales, pueda explicarse esta fina sensibilidad de tacto en la epidermis de sus tallos.

Por lo general, una planta empieza por enroscarse á la varilla que se le ha dado para sostén; pero al cabo de dos días se desprende desilusionada y se deja caer al suelo cansada y sin aliento.

Inauditos son los esfuerzos que hace la planta para sostenerse por sí sola sobre unos y otros de sus tallos hasta alcanzar á reunirse á cualesquiera de las ramas vivas de una planta vecina. Yo tenía una *ipomea* que por este medio llegó á sobrepasar la altura de una columnita de hierro á la cual no había querido nunca unirse.

Parece increíble tanto refinamiento de gusto en un ser al cual se quiere negar nuestra sensibilidad; sin embargo, es así: la planta que no puede elevarse sin un apoyo, quiere sentir la vida de quien está destinado á acompañarla; quiere que la vibración de las verdes fibras responda al abrazo de sus tallos nerviosos y necesita prodigar el delicado perfume que exhala por los poros de la mórbida corteza la linfa de sus arterias palpitantes.

A falta de otro sostén, la pobre plantita se resignará, poco á poco, al rodrigón que le dais para apoyo, y sus trepadoras ramas se levantarán lánguidamente, enervadas por los inútiles esfuerzos que hace para transmitir el estremecimiento de su pasión á la materia del cuerpo inanimado que la sostiene; mas si por acaso en la desganada ascensión le ocurre á vuestra planta descubrir una rama verde que se dobla tentadora hacia ella, ¡cuánta astucia pone para alcanzarla!

Entre las orquídeas se ven ejemplos de ardientes

hombres indiferentes á las dotes intelectuales de la mujer cuando eligen esposa.

Escandalizado de tanta insubordinación, me apresuré á desliar los lazos clandestinos enroscando á cada cual en su palito respectivo; pero los caprichosos *suspiros*, como protestando de la operación, erguían las fibras, tal como hacen los muchachos, que tienden los músculos de las piernas para que el maestro no consiga arrodillarlos.

Conociéndoles su indole teñaz y rebelde, les amarré, y con esta rigurosa medida conseguí mi intento; aunque no del todo, pues á la mañana siguiente, cuando fuí á verlos, noté que uno de los prisioneros se había deslizado diestramente fuera del lazo, y descendiendo del palo, había recorrido un breve espacio, arrastrándose sobre la tierra sembrada de plantitas, esquivándolas todas para reunirse al objeto de su adoración.

Era éste una plantita naciente de rosas que, pálida y enfermiza, conseguía yo con gran trabajo mantener con vida. Pueden mis lectores figurarse mi asombro al advertir la tendencia del robusto *suspiro* por aquella diáfana criatura que parecía consumirse lentamente, quizás, por alguna misteriosa enfermedad del espíritu.

Me apresuré á alejar el *suspiro* y ensayé desorientarlo dándole dos ó tres vueltas alrededor de un macetero de jazmines, antes de enroscarlo otra vez al rodrigón.

Pasaron dos días sin que yo pudiera dedicar un solo instante al pequeño jardín. Cuando volví á él, ¿será posible?, el *suspiro* había deshecho su camino; girando dos veces en sentido inverso alrededor del macetero de jazmines, y rastreando el suelo como una serpiente, se había aproximado otra vez á la rosa, entrelazándose con mil complicados nudos á sus débiles ramas.

¿Desde cuándo databa aquel abrazo mortal? ¡Quién sabe!

El hecho es que la pobre rosa había perdido en él el esplendor de sus hojas, que colgaban quemadas y amarillentas. Sus primeros botones, próximos á abrir, se habían encorvado sobre sus tallos; todo anunciaba el próximo fin de la melancólica plantita.

Sin embargo, ¡cosa extraña!, parecía que aquel lento agotamiento le causaba un misterioso deleite y que su agonía no era otra cosa sino un éxtasis voluptuoso al cual voluntariamente se abandonaba, pues sus débiles ramas, en lugar de oponer resistencia, se inclinaban hacia el *suspiro* como en busca de besos y caricias del objeto amado.

—¡Caprichoso!, exclamé, según mi costumbre de hablar á las plantas como á seres racionales; ¿no querás nunca dejar en paz á mi pobre enferma?

Y esta vez, con rabiosa impaciencia, desamarré las dos plantas, sin miramientos para el *suspiro*, que arrojé á un lado con las fibras casi despedazadas y el tronco lleno de magulladuras.

Creí que de ahí no se habría movido más; hasta me pareció haberle matado; pero no, al amanecer del siguiente día lo encontré todavía, aunque medio marchito, como transido de dolor al pie de la rosa ya muerta. Estaba al lado de su pobre amiga, á quien no había podido abrazar en la hora postrera. ¿Le faltaría la fuerza material ó el dolor moral había acabado de desalentarle?

—¡Se amaban!, murmuré recogiendo en un puñado todas las hojas mustias y amontonándolas, á manera de túmulo, sobre los restos de la rosa difunta.

SILVIA BACCANI GIANI.



Amor loco, escultura de J. Lambeaux

simpatías y de afectos desesperados que llegan hasta el suicidio.

Hace poco he repetido curiosos experimentos sobre mis enredaderas. Sembradas en muy buena tierra y crecidas en las mejores condiciones de aire y de sol, no dejaban nada que desear respecto á su desarrollo físico; pero no era así en cuanto á la educación moral. Indisciplinados y atrevidos, mis *suspiros* trataban á los palillos secos que les había dado por guía con la poca consideración que tienen los escolares mal criados para con sus sabios preceptores. Cuando apenas medían treinta centímetros, empezaron á girar la cabeza lentamente en busca de compañía, esquivando con cuidado, en su movimiento circular, el más leve contacto con el rodrigón.

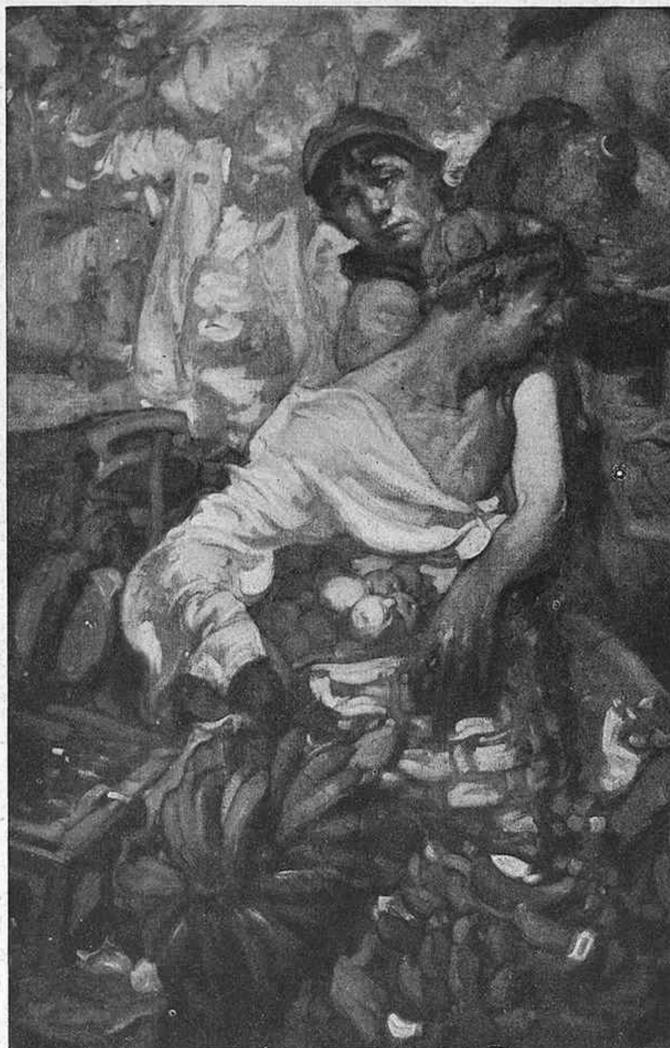
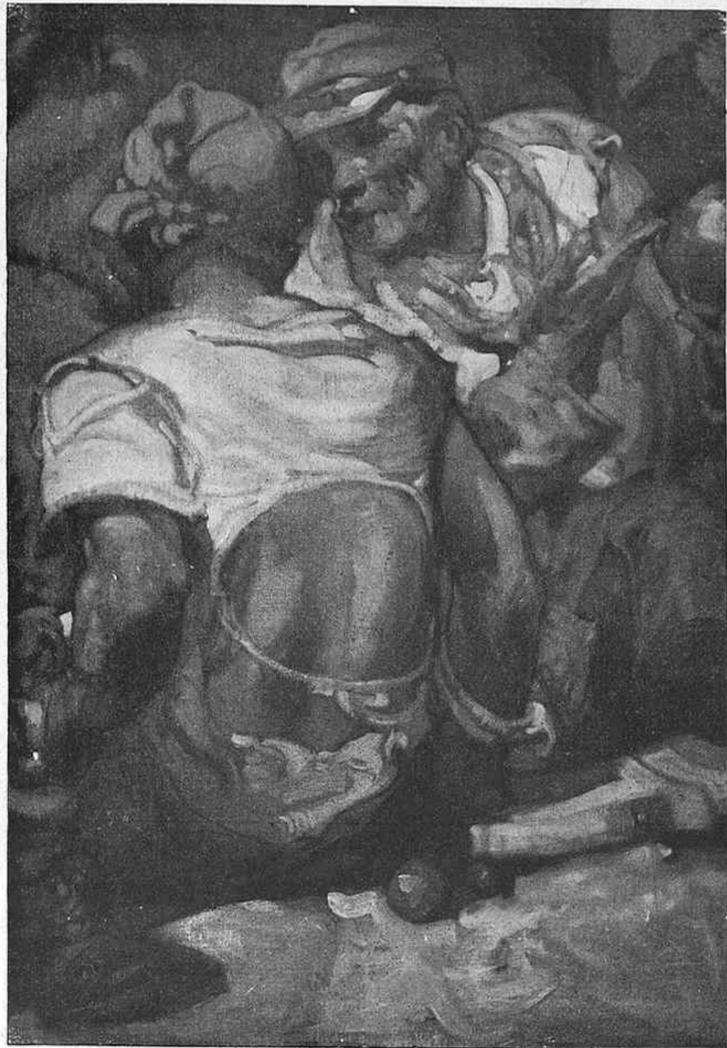
De pronto sus gustos, tan distintos en los detalles como los de la humanidad, se declararon abiertamente. Uno se fué á abrazar una planta de salvia, otro se ocultó tras de una jerámina, un tercero se acercó á una margarita; mientras dos ó tres, dos ó tres entre tantos, aceptaron, más dóciles ó menos exigentes, el consorcio de la rama seca, como tantos

ENTREPAÑO PINTADO RECIENTEMENTE POR MISTER FRANK BRANGWYN PARA LA BOLSA DE LONDRES.

En la adjudicación de asuntos hecha á los varios artistas encargados de pintar una serie de entrepaños para la Bolsa de Londres, ninguno ha sido elegido con tanta oportunidad como el que hace poco termi-

el efecto antagónico que produciría una obra realista. En su manera de tratar un asunto de un alcance tan grande como es *El comercio moderno*, lo ha simplificado de un modo que dice mucho en favor de sus facultades de selección y eliminación. No puede considerarse su obra como representando una escena de tiempo ni lugar determinados. No refiere ninguna historia; pero mucho más que eso, y secundariamen-

mientos, pero al mismo tiempo sabe reservarlos, empleando tan sólo una parte de su tesoro. Los incidentes que en el cuadro se pintan nos hablan del empleo de una indecible energía humana, pero exenta del espíritu de queja contra las molestias del trabajo. Verdaderamente está la composición tan llena de vida, de luz y de movimiento, que el espectador ha de sentir la alegría de vivir que ella repre-



Estudios en color de figuras para el entrepaño de la Bolsa de Londres pintado por Frank Brangwyn

nó y expuso el famoso pintor que forma en primera fila entre los que en Inglaterra se dedican al arte decorativo.

Se le ha proporcionado á Mr. Brangwyn una excelente ocasión para lucirse al designarle como asunto *El comercio moderno*. Respecto á la importancia del éxito obtenido, el crítico de hoy podrá aventurar una opinión; pero el verdadero lugar que esta obra ha de ocupar en la historia de la pintura inglesa, no lo sabrán los amantes del arte en la Gran Bretaña hasta que no llegue la época en que las generaciones futuras visiten la Bolsa y contemplen toda la serie de entrepaños desde aquella perspectiva que da el tiempo y á que han de someterse los artistas dignos de encomio y sus obras antes de que puedan ser juzgados justa y definitivamente.

El entrepaño de mister Brangwyn es pura y sencillamente una decoración propia únicamente para el lugar donde se pintó, pero esto lo es de un modo admirable. En la apreciación de las líneas y proporciones arquitectónicas puede asegurarse que pocos de los pintores que hoy viven igualan á Mr. Brangwyn, y ninguno tiene un modo de ver tan parecido al de un hábil arquitecto, por cual motivo sale al encuentro de éste á más de la mitad del camino. El objetivo de su trabajo como decorador cree él que debe consistir únicamente en embellecer el arte del constructor, en dar realce á la idea que se propuso el arquitecto, evitando siempre

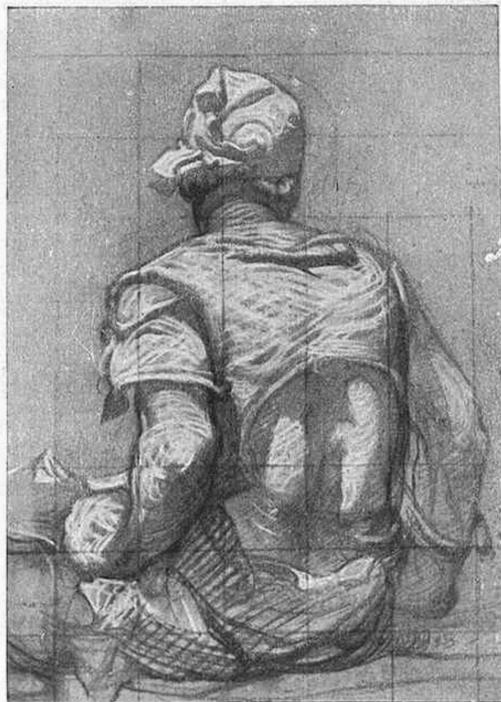
te á su función decorativa, simboliza un vasto campo de la moderna actividad humana.

Una gran masa de fresca sombra cae sobre el primer término, en el que se ven algunos incidentes sugestivos y pertenecientes al asunto. Ha empleado ricas y fuertes notas de color en las frutas y figuras

seña; el placer real que sólo una labor sana y saludable puede proporcionar. Es sumamente humana su representación; pero además de eso, uno siente la fuerza de aquellas largas líneas rectas que se alzan hacia el azul brillante de los cielos, destacándose sobre los plateados *cumuli*, que se levantan lentamente del ambiente gris dorado de abajo.

No ha sido tan laudable resultado obra de una corta temporada de trabajo del artista. Días y meses se dedicó exclusivamente á la composición y después á coleccionar asiduamente los materiales, trazando un inmenso número de bosquejos de figuras y accesorios, así en blanco y negro como en colores.

Siempre ha tenido presente Mr. Brangwyn la gran juxtaposición de luz y sombra, y aunque las partes están pintadas con una destreza de manos que pocos pintores modernos tienen, sin embargo ni una sola vez en toda la composición se echa de ver que se ha interesado por un detalle á expensas del conjunto. Hay hasta en su primer esbozo una unidad de sentimiento que no cabe sea aventajada. Me parece á mí que en eso está la prueba de sus



Estudios al lápiz de figuras para el entrepaño de la Bolsa de Londres «El comercio moderno» pintado por Frank Brangwyn

principales. Nada se ve que esté en contradicción con el realismo de semejante escena. Al contrario, demuestra evidentemente facultades superiores á las que un pintor realista hubiera manifestado. Está el asunto reducido á su menor expresión, por decirlo así; y esto sólo puede hacerlo quien ve más allá de la realidad, quien tiene un gran fondo de conoci-

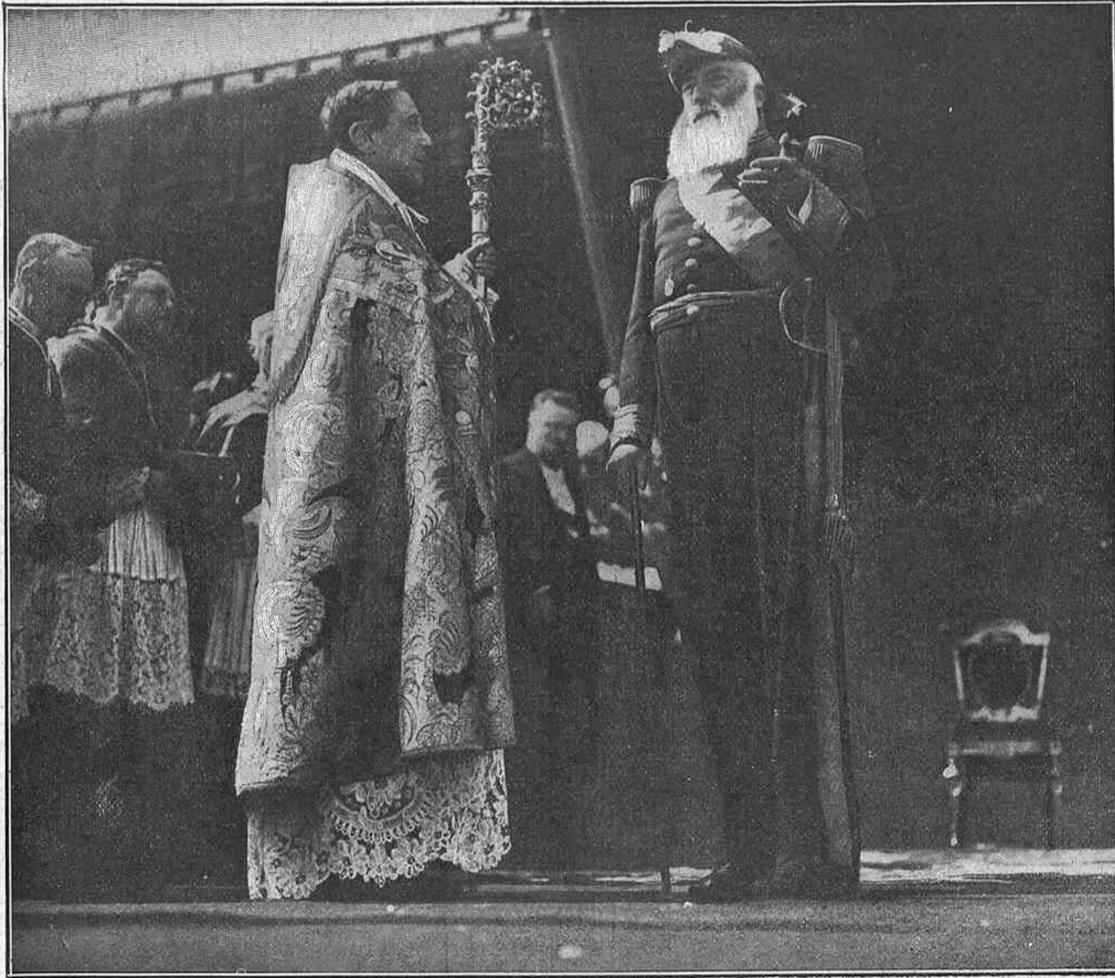
más altas facultades y que semejantes resultados sólo puede conseguirlos quien tenga métodos de trabajo tan fijos como los del arquitecto, cuyo concepto de la edificación sea tan completo como el del constructor y que además posea un sentimiento del dibujo y del color parecido en su refinamiento al de los primitivos japoneses.—ARTURO S. COVEY.

BRUJAS.—LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO. EL TORNEO DEL «ÁRBOL DE ORO.»

Brujas, la ciudad sin razón llamada *la muerta*, ha inaugurado hace pocos días una obra inmensa que denota una vitalidad potente y que ha de contribuir en alto grado á devolverle la prosperidad de que gozara en los pasados siglos, cuando comerciaba con todo el mundo y fundaba las primeras Bolsas de Comercio y las primeras compañías de seguros marítimos que ha habido en Occidente.

La obra á que nos referimos es el puerto de Brujas y el canal que lo pone en comunicación con el de Zeebrugge, es decir, con el mar. Aunque la idea tiene su origen en los tiempos de Napoleón y se reprodujo en 1877, tal como ahora se ha realizado data de 1891, en que se abrió un concurso para la construcción del nuevo puerto y del canal, concurso en el que fué premiado el proyecto de los ingenieros Cousin, belga, y Couseau; francés. No faltó quien se opusiera á la empresa proyectada; pero la perseverancia de

los brujenses venció todos los obstáculos, y al fin, tras doce años de trabajos, el día 23 de julio último el rey Leopoldo II inauguró solemnemente la grandiosa obra. A eso de la una entró en la rada de Zeebrugge el yate real *Alberta* que conducía al soberano; desembarcó éste, acompañado del príncipe Alberto, y en el estrado dispuesto al efecto y en donde se hallaba la representación oficial de toda Bélgica, recibió la



Brujas.—Inauguración de los puertos y del canal que los pone en comunicación. El obispo de Brujas Monseñor Waffelaer y el rey Leopoldo II durante la ceremonia inaugural. (De fotografía de Frankl.)

salutación que le dirigió el obispo de Brujas. Procedió luego éste á la bendición de las obras, y el monarca, después de revistar la guardia cívica, embarcóse de nuevo en el *Alberta* y recorrió el canal, cuya extensión es de 12 kilómetros, llegando una hora después al puerto de Brujas, en donde fué objeto de un recibimiento entusiasta.

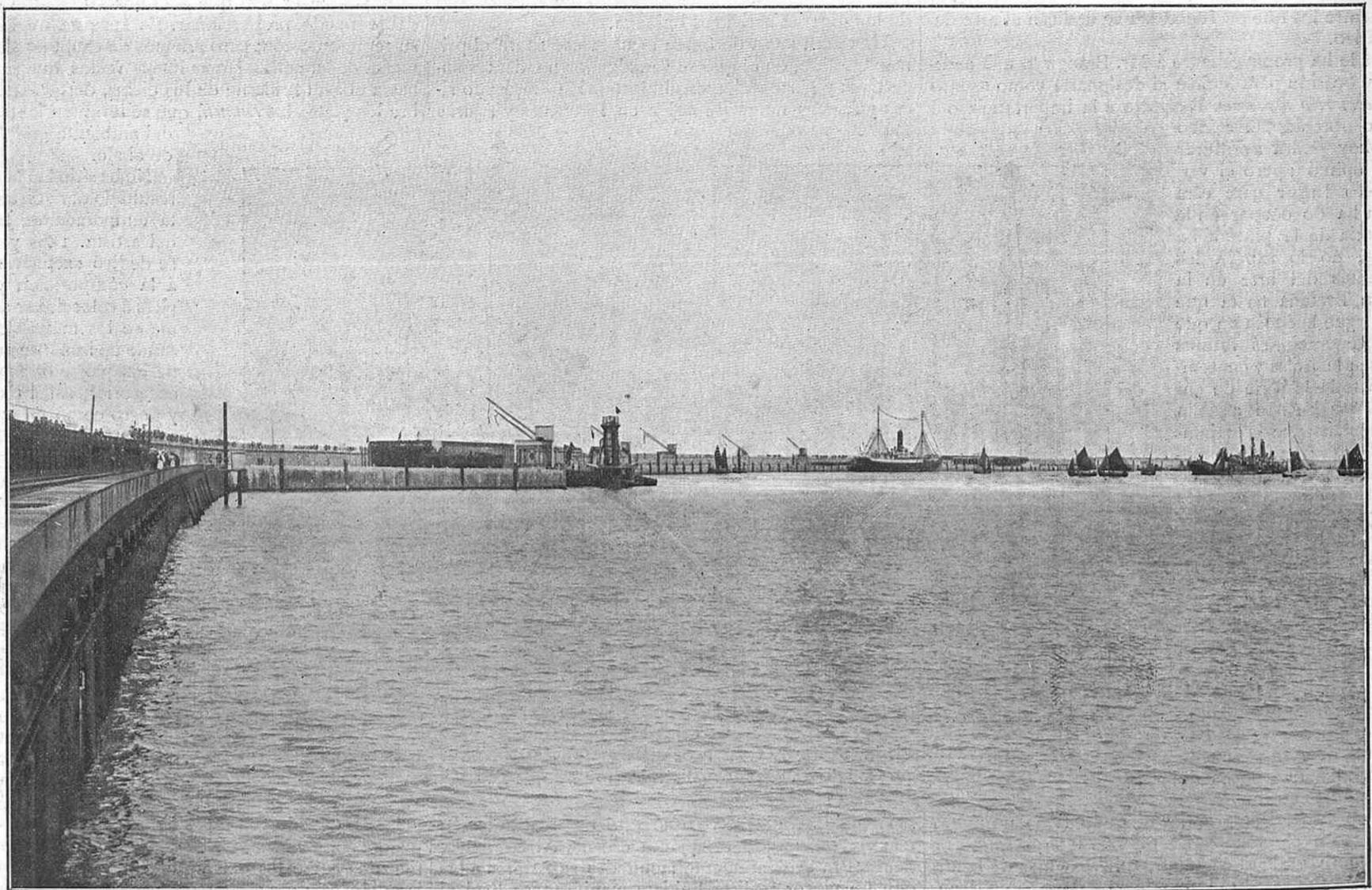
Con motivo de la inauguración oficial de los puer-

ta tal como se realizó en 1468, y en el cortejo, que ha recorrido la ciudad en la misma forma que hace cuatro siglos y medio, han figurado, vestidos con las mismas armaduras de entonces, los miembros de la aristocracia, descendientes de aquellos que figuraron en el que se organizó en honor de Carlos *el Temerario*.

El espectáculo resultó hermosísimo; la ciudad hallábase empavesada, habíanse echado á vuelo las

tos, celebróse el 24 en la gran plaza de Brujas el «Torneo del Arbol de Oro,» reproducción de las justas que en aquel mismo sitio se efectuaron en 1468, cuando las bodas de Carlos *el Temerario* con Margarita de York. El argumento del espectáculo es el siguiente. Una princesa, la «dama de la Isla desconocida,» prisionera de un tirano, que tiene confiada su custodia á un gigante, ha sido libertada por el «caballero del Arbol de Oro.» Recomendado por ella, preséntase éste en la corte del duque de Borgoña, en donde para justificar la simpatía de la «dama de la Isla desconocida,» habrá de salir vencedor en las justas en su honor organizadas. Esas justas dieron lugar á espléndidas fiestas en las que tomaron parte los personajes más ilustres de aquel tiempo, habiendo representado el papel de «caballero del Arbol de Oro» Antonio de Borgoña y los de sus competidores los señores de Ravenstein y de Arqueil.

Los archiveros de Brujas, teniendo á la vista las crónicas de la época, han podido reconstituir la fies-



Brujas.—El puerto de Zeebrugge con el cual se comunica el puerto interior de Brujas por medio de un canal (De fotografía de Frankl.)



Brujas.—El torneo del «Arbol de Oro.»—Aspecto de la plaza durante el desfile. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

campanas y las calles por donde había de pasar la comitiva y la plaza en que el torneo debía efectuarse rebosaban de gente. A las tres y media púsose en marcha el cortejo, desfilando ante la multitud los gremios, con sus simbólicos estandartes, gentes del pueblo entonando viejas canciones flamencas, el grupo del burgomaestre con los regidores, el del ma-

gistrado del Franc, el de los mercaderes, el de los cónsules extranjeros, y precedido de trompeteros á caballo y del estandarte de Flandes, el de la corte. Cerraban la comitiva el grupo del «mariscal de la Liza,» con sus hēraldos y sus jueces, y el de los justadores.

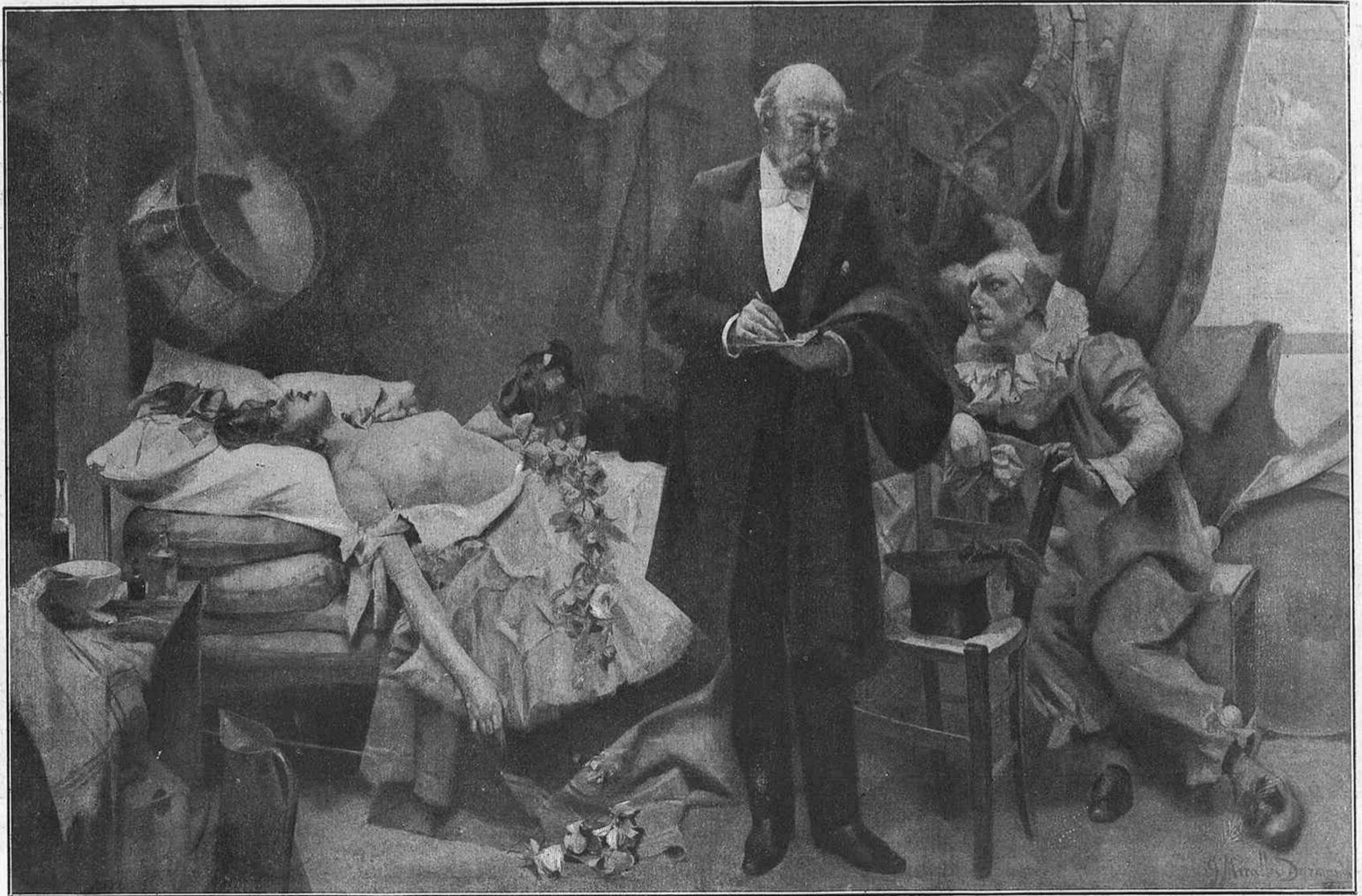
Una vez todos en la gran plaza, efectuáronse las

justas, que fueron brillantísimas y un verdadero portento de verdad histórica.

Los flamencos han querido celebrar la inauguración de una obra del progreso rindiendo piadoso culto á la tradición, y con ello, al par que han afirmado su fe en el porvenir, han tenido á gala mostrarse orgullosos de un pasado lleno de gloria.—S.



Brujas.—El torneo del «Arbol de Oro.»—Asaltos entre los justadores. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

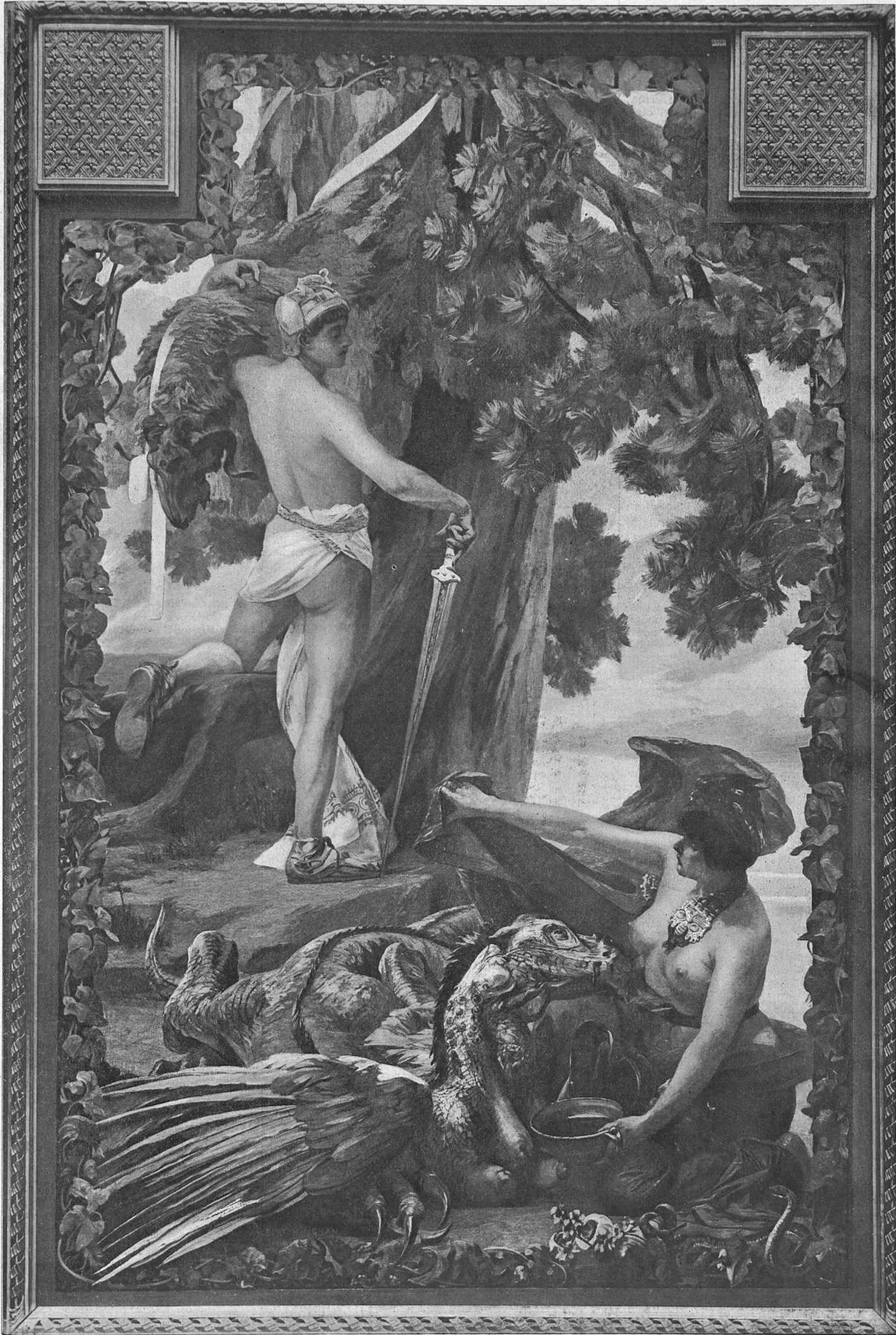


Grave accidente, cuadro de J. Miralles Darmanín. (Reproducción autorizada.)



Las huelgas de Anzin, cuadro de L. H. Jonas. (Reproducción autorizada.)

Salón de la Sociedad de los Artistas franceses. París, 1907.



El vellocino de oro; el filtro de Medea, cuadro de Alberto Maignan. (Reproducción autorizada.)

BREST. - MARINOS YANQUIS Y JAPONESES

Hace pocos días una división naval japonesa, compuesta de los cruceros *Tsu-Kuba* y *Chitose* y mandada por el almirante Ijuin, llegó á Brest procedente de Plymouth, con objeto de hacer una visita de cortesía á la nación francesa por la conclusión del tratado recientemente firmado entre Francia y el Japón. La casualidad quiso que aquellos buques se encontraran allí con la división naval yanqui que manda el almirante Stockton y que se compone del acorazado *Washington* y del crucero *Tennessee*, precisamente en los momentos en que tanto se hablaba del conflicto yanqui-japonés, del que nos ocupamos en el penúltimo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Esta circunstancia ha dado interés á un suceso que en otras ocasiones habría pasado inadvertido ó poco menos, y ha puesto una vez más de manifiesto los convencionalismos de la diplomacia y de la política internacional, ya que mientras se cruzan entre los gabinetes de Washington y Tokio notas más ó menos conminatorias y los respectivos pueblos se miran con cierto recelo y hasta á veces con cierta hostilidad, sus buques se saludan con salvas pacíficas y sus marinos se visitan mutuamente en sus barcos y fraternizan en las fiestas organizadas en su honor en Brest, entre las cuales ha sobresalido la *garden party* celebrada en la prefectura, en donde los almirantes Ijuin y Stockton conversaron muy amigablemente, según puede verse en la curiosa fotografía que adjunta publicamos.

D. EDUARDO BENOT

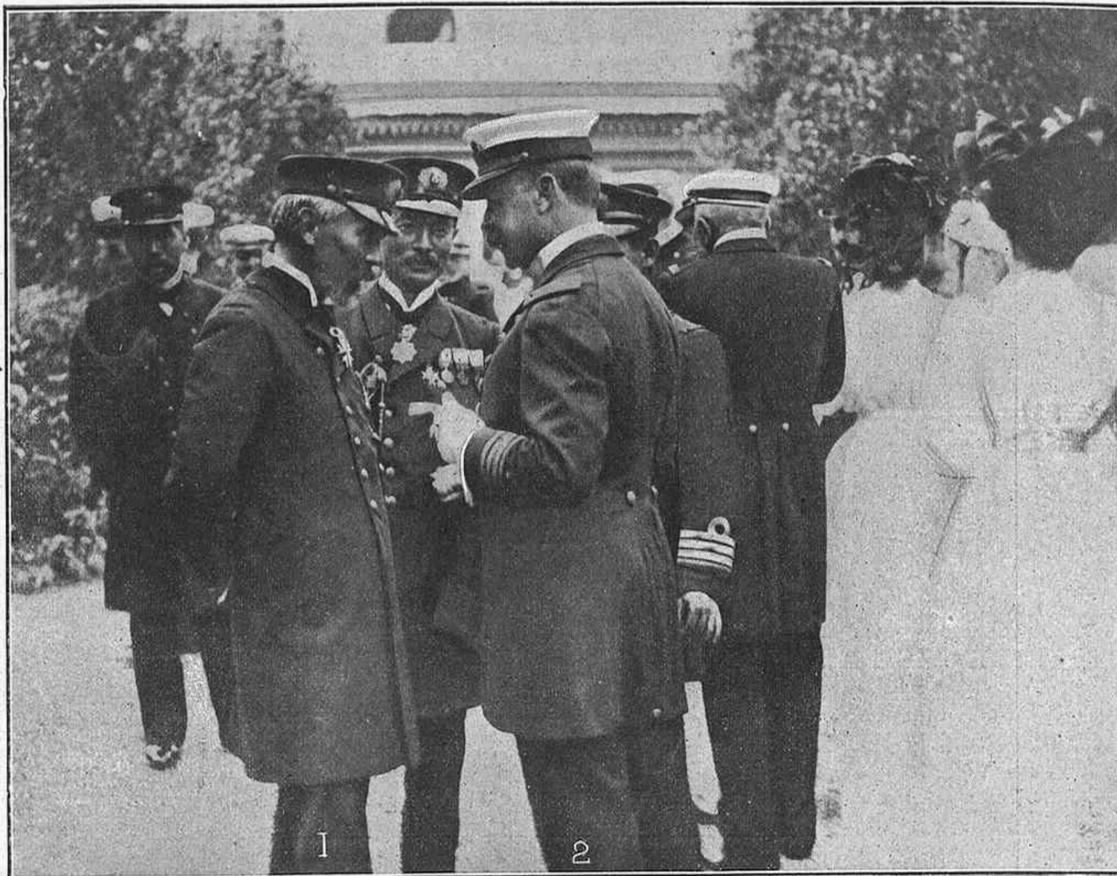
Nació D. Eduardo Benot en Cádiz en 1822 y desde muy joven dedicóse á la poesía, al periodismo y al teatro, escribiendo numerosas poesías, algunas obras dramáticas y multitud de artículos para los periódicos *El defensor del pueblo* y *La Alborada*. A los veinticinco años de edad se encargó, como sustituto del sabio prelado D. Juan Arbolí, de la cátedra de Lógica en el famoso colegio de San Felipe Neri, fundado por el inolvidable D. Alberto Lista, y pocos años después púsose al frente de ese establecimiento, como propietario y director, mejorándolo notablemente y poniéndolo á la altura de los más adelantados del extranjero. Por aquella época tuvo también á su cargo la cátedra de Geodesia y Astronomía en el Observatorio de San Fernando, simultaneando esta enseñanza y aquella dirección durante once años, hasta que en 1869 la política, en que también tomó el Sr. Benot activa parte, le obligó á establecerse en Madrid.

En 1851 dió comienzo á sus trabajos filológicos, publicando en aquel año y en los tres siguientes sus gramáticas francesa, inglesa, italiana y alemana, de las que se han hecho muchas ediciones, sin descuidar por esto sus trabajos en las ciencias astronómica, física y química.

Aunque ya en su juventud fué el Sr. Benot periodista político, de ideas muy liberales, y figuró en los acontecimientos de 1854 y 1856, su intervención eficaz en la política activa data de la revolución de 1869, á raíz de la cual, y después de

tera de Fomento, dictando, entre otras, la importante ley sobre el trabajo de los niños en las fábricas y talleres y la que sirvió para organizar el Instituto Geográfico y Estadístico. En 1873 redactó el contraproyecto de Constitución federal que

El Ayuntamiento napolitano y el arquitecto Adolfo Avenna, bajo cuya dirección se están realizando los trabajos, merecen incondicionales elogios y vivo agradecimiento de cuantos se interesan por la historia y por el arte. - R.



BREST. - Marineros yanquis y japoneses. - El almirante japonés IJUIN (1) platicando amigablemente con el almirante yanqui STOCKTON (2) en la *garden party* que en honor suyo y de los oficiales de sus escuadras se celebró en la prefectura. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

fué presentado como voto particular contra el proyecto de Castelar.

Después del golpe de Estado del general Pavía, emigró el Sr. Benot á Portugal y allí publicó el periódico bisemanal *La Europa*, en el que colaboraron Víctor Hugo, Alfredo Naquet, Camacho Videira, Pedroso, Pi y Margall, Figueras, Garrido y otros escritores eminentes. Al cabo de algunos meses regresó á Madrid, en donde ha vivido hasta su muerte, dedicado principalmente á sus labores científicas y literarias, fiel á sus ideales políticos de toda su vida, y respetado y admirado por todo el mundo.

Las principales obras por él publicadas son las siguientes: las gramáticas ya mencionadas, *Metrificaci6n española, sinalefa y diptongos; Gramática general; Cuestiones filológicas; Cuadros sin6pticos de Psicología crítica; Metodología, gramática, dialéctica; Aritmética general; Resultante de los movimientos giratorios con aplicaci6n á la Astronomía; Estudios sobre Shakespeare; Arquitectura de las lenguas; Prosodia castellana y versificaci6n; Diccionario de asonantes y consonantes; Diccionario de ideas afines; España, y Cervantes y el Quijote*. Además deja varios tomos de artículos literarios y científicos, poesías y discursos académicos y parlamentarios.

El Sr. Benot era académico correspondiente de la Academia Española desde 1860, y en 1885 fué elegido académico de número; el discurso de recepci6n que leyó en 1887 es un estudio hermosísimo y lleno de erudici6n sobre importantes asuntos gramaticales.

D. Eduardo Benot fué un hombre todo inteligencia y todo bondad, que consagró su existencia entera al trabajo y en quien hallaron un mentor sabio, recto y cariñoso cuantos á él se acercaron en demanda de consejo.

¡Descanse en paz!

EL ARCO DE ARAGÓN EN NÁPOLES

(Véase el grabado de la página 505)

Gracias á la noble iniciativa del Ayuntamiento de Nápoles, ha sido recientemente puesta al descubierto una obra de arte notabilísima del siglo xv, la parte anterior del famoso arco de triunfo erigido en aquella ciudad por el rey de Aragón Alfonso el Magnánimo, entre los años 1455 y 1470.

Este edificio, muy rico en frisos y bajos relieves, que hoy reaparece en toda su belleza arquitectónica y decorativa, adorna la fachada principal del histórico palacio llamado *Castel Nuovo*, que sirvió de residencia á los reyes de Nápoles desde 1284 hasta 1540, durante el virreinato de D. Pedro de Toledo.

Este edificio de tanta importancia histórica fué ocupado en estos últimos tiempos por un cuartel de artillería y estaba escondido entre casas viejas y muros medio demolidos; poco á poco se irán derribando esas construcciones y el palacio se ostentará nuevamente en toda su magnificencia, del mismo modo que hoy se ostenta el arco que de él forma parte.



El eminente filólogo, poeta y literato D. EDUARDO BENOT, fallecido en Madrid el día 27 de julio último (Fotografía de Mediavilla y Gallo.)

haber sido nombrado vocal de las juntas revolucionarias municipal y provincial de Cádiz, fué elegido por 25.000 votos diputado por Jerez de la Frontera en competencia con el general Prim. En aquellas Constituyentes descolló como uno de los más valiosos adalides de la minoría federal, y entre los elocuentes discursos que en aquel período pronunció, merece especial mención el relativo á las cuestiones de Ultramar, que fué traducido á casi todos los idiomas de Europa. Después de la abdicaci6n de D. Amadeo de Saboya, fué secretario de la Asamblea Nacional, y durante la República desempeñó la car-

Necrología.—Han fallecido:

Sir Guillermo E. Broadbent, médico antes de la reina Victoria y ahora del rey Eduardo VII de Inglaterra, miembro de varias academias científicas.

Mauricio Brosch, histori6grafo veneciano, autor de varias obras sobre los papas, la Revoluci6n inglesa y la Reforma.

Felipe Perrón, escultor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Munich.

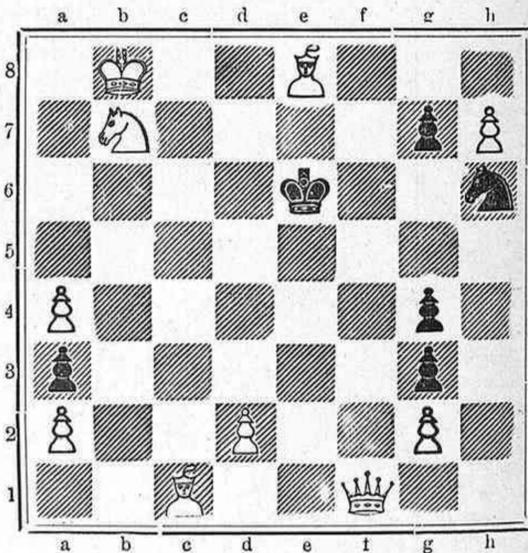
Enrique Kreutz, astr6nomo alemán, director de la Oficina central internacional de descubrimientos astron6micos.

Guillermo E. Perkin, químico inglés, descubridor de los colores de anilina y del afil artificial.

AJÉDREZ

PROBLEMA NÚM. 472, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 471, POR V. MARÍN

Blancas. Negras.

- 1. g6-g7 I. Cualquiera.
- 2. T, D, P pide D ó C mate.

LE BOUQUET DE LA MARIEE Nouveau Parfum DE VIOLET

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



Y clavó su mirada en las tinieblas como si buscara en ellas algo

Aurette se acercó á ella, tomó una taza y se la presentó al doctor Rozel; mas viendo que éste ya estaba servido, volvióse buscando á quién ofrecerla. Villandré estaba de pie, algo apartado, y la joven se dirigió á él.

—Gracias, señorita, dijo el profesor tomando la taza; no, azúcar no, gracias.

Volvió á ser el Sr. Villandré de siempre, el profesor de física correcto y còrtés. La señorita Leniel experimentó la sensación de una persona que, soñando poseer millones, se halla, al despertar, en su buhardilla, y su alegría se desvaneció bruscamente. Fué á sentarse junto á una ventana, esperando un instante de calma para restablecer el equilibrio de sus pensamientos, y allí se le juntó Lucila.

—¡Nos vemos tan poco!, dijo ésta acercándosele. No hay nada que ocupe tanto como un marido; el mío estará ausente dos semanas todavía. Ya iré á ver á usted.

—Váyase á pasar dos ó tres días en el Nido, respondió de pronto Aurette impulsada por una necesidad confusa de obrar, de sacudir la monotonía de su existencia.

—Con mucho gusto, pero no esta semana, porque estoy comprometida; adivine usted por quién. ¡Ca, no acertará usted!

—No estoy ciertamente en disposición de adivinar, repuso Aurette. ¿De quién se trata?

—De la tía Thomasset, que me ha escrito preguntándome si podría cederle á fines de semana mi cuarto de forastero. ¡Sabe Dios lo que se propone! Naturalmente le he contestado que sí.

—¡Naturalmente!, repitió Aurette.

—Todavía le guardo algún rencor á causa de mi hermano... ¡Pobre hermano mío! De algún tiempo á esta parte noto en él algo singular. ¿No lo ha observado usted también?

—¡Como apenas le veo!, respondió Aurette mirando á la calle.

—No está como antes... Y á veces me pregunto si estará también enamorado... Fui muy egoísta y no hubiera debido aceptar... Pero cuando se ama, se vuelve uno egoísta..., aunque no por uno mismo solamente.

Lucila sonreía con una encantadora expresión de ternura muy distinta de la de sufrimiento que en otro tiempo la caracterizaba.

—No lo sienta usted, dijo Aurette apoyando su fina mano en la muñeca de su amiga; su hermano de usted se ha considerado feliz haciendo el sacrificio.

—¡Sí, fué feliz!, repuso Lucila con aire pensativo. Pero ¿lo es ahora? No lo sé, y sin embargo, hay momentos en que veo en sus ojos un brillo que antes no

tenían, y es cuando piensa... No puedo dejar de creer que ama á alguien...

El brillo de los

ojos de Villandré se posaba en aquel instante sobre Juan, enfrascado en una larga historia, llena de pormenores y muy complicada. El niño terminó su relato y recibió un consejo del profesor, el cual se levantó y se acercó á Aurette, que seguía hablando con Lucila; después de cruzar algunas frases triviales se separaron, como casi siempre, sin darse la mano.

La señorita Leniel, cuando iba con Juan, regresaba muy temprano al Nido; así es que subieron á su victoria cuando aún no había cerrado la noche. Lucila y su hermano, que habían salido al mismo tiempo, los despidieron en la calle; Villandré arregló la falda de Aurette que salía un poco fuera del coche, sujetó la ligera manta sobre las rodillas de Juan y se apartó para dejarlos partir... La joven le dió las gracias con una inclinación de cabeza, mas no se atrevió á mirarle por miedo de que se desvaneciera la deliciosa visión que consigo se llevaba.

En el firmamento gris surgían las estrellas; los árboles y las montañas se destacaban como grandes masas negras sobre el límpido espejo del río; el aire fresco embalsamábase con el aroma de las mentas que subía de las hondonadas, y sobre la tierra flotaba cierta apacibilidad, mientras los astros parecían brotar unos tras otros con una actividad maravillosa; la vida, adormecida aquí abajo, habíase refugiado en las alturas.

El corazón de Aurette latía de prisa; el cielo parecía exquisito, el aire embriagador, el paisaje delicioso; aquella gloriosa iluminación del firmamento antojábasele una fiesta dada en su honor y todo su ser saboreaba con renovadas aptitudes la dulzura de la existencia. Cuando llegó al Nido sentía como si le hubieran nacido alas.

Juan, medio dormido, murmuró apenas unas buenas noches acompañadas de un beso sin expresión; Aurette le abrazó y luego le dejó subir á su cuarto. La atmósfera del interior, por pura que fuese, era para ella demasiado densa, así es que se encaminó al parque, á través de las calles de abetos que exhalaban el olor de la resina calentada por los ardores del día, y anduvo con paso ligero como si corriera en busca de la felicidad.

En aquellas avenidas, guijarro por guijarro, por decirlo así, habría podido reconstituir la historia de

sus días de dolor; allí había llorado y hecho abandono de sí misma al deber, á la caridad, á la familia, y como las religiosas que pronuncian sus votos, aunque sin estar cual ellas encerrada en un claustro, había consagrado su vida desolada á los que necesitaban de ella y el calor de su alma le había procurado una nueva existencia, no exenta de goces. Pero ¿qué era aquel paraíso agrisado en comparación de los luminosos horizontes que ante ella se abrían?

Aurette se halló en la terraza del extremo del parque, delante del valle, frente á frente de aquellas mismas estrellas cuyas puntas de diamante, habían abrasado en otro tiempo sus ojos devorados por las lágrimas y ulcerado su corazón, saturado de amargura. Ahora, en cambio, aquellas estrellas amigas le sonreían..., y aunque recordaba los días muy remotos, anteriores á sus penas, en que también le habían sonreído, sólo en aquel instante comprendía verdaderamente su belleza misteriosa. Sentóse Aurette y delante del obscuro azul del firmamento hizo descender su mirada al fondo de sí misma.

¿Había en realidad llorado y sufrido tanto? ¿O es que había tenido una pesadilla de la que ahora despertaba? ¿Era otra Aurette la que estaba allí sentada en otro tiempo?

No, los pesares habían impreso su indeleble sello en el alma de la que era la encarnación misma del Nido; pero un nuevo astro surgía para ella.

—¡Me ama!, se dijo, pensando en Villandré.

Y ya no quiso ahondar más en su pensamiento. Que la amara un hombre superior como aquel, era bastante para colmarla de ventura; en aquel amor veía ella la consagración de su propio valor moral y, prescindiendo de todo amor propio mezquino, sentía una impresión cálida de orgullo ante la idea de que él la había preferido á todas. Ese triunfo era uno de los que llenan de gloria una existencia.

«¡Qué bueno es vivir!—pensó, mientras su nueva alegría dilataba su corazón...—¿Por qué me torturaba en estos últimos tiempos con cuidados imaginarios? ¿Por qué los que me rodean habrían de ser menos firmes, menos afectuosos? ¿Por qué Juan habría de ser ingrato conmigo?» Aspiró fuertemente, con una especie de embriaguez apacible, el aire embalsamado por el olor de las madre selvas. «¡Amo la vida!—siguió diciéndose.—Porque la vida es buena é indulgente y está llena de venturosas sorpresas.»

Había apoyado la cabeza sobre las manos que tenía cruzadas encima de la balaustrada, y á sus ojos se agolparon lágrimas dulcísimas, que no intentó enjugar. De pronto, echóse hacia atrás, presa de singular turbación y clavó su mirada en las tinieblas como si buscara en ellas algo.

Villandré la amaba y ella sentíase orgullosa y agradecida de ese amor por el que de buena gana le habría dado las gracias; pero ¿a qué venían aquella emoción, aquellas lágrimas, aquella ignorada dulzura de vivir que sentía? Desde hacía diez años la prudente Aurette habíase defendido contra el amor; mas aquella repentina alegría, si no era amor, ¿qué era?

—¡Pero si le amo!, se dijo con cierto espanto, retrocediendo, por decirlo así, ante la intensidad del sentimiento repentinamente revelado.

Sucedía á veces que vivimos durante meses, quizás durante años, junto á un amor que nosotros mismos ignoramos; es nuestro comensal, no nuestro huésped; mas no le conocemos, porque le tratamos como amigo, ha revestido la forma de todo afecto natural y apacible, como en la antigüedad el adolescente Aquiles bajo vestiduras iguales á las de las princesas sus compañeras. Pero un día se revela y nos sentimos turbados por haber vivido engañados durante tanto tiempo y poseídos de un estupor lleno de desdén por nuestra propia ceguera.

—¡Esto no puede ser!, pensó Aurette. ¡No amo á ese joven á quien apenas conozco! ¡No quiero amarle, no quiero!

Sus manos desenlazadas cayeron sin fuerza.

«Le amas—decíale su conciencia;—porque le amas te ha parecido todo más dulce y más bello, y porque temías no ser amada has estado tan melancólica y tan descontenta de tu destino. Él te ama y tú le amas, á pesar suyo y á pesar tuyo...»

—¡Ah! pensó! ¡Es espantoso! Creía haber cerrado mi vida al dolor, y ahora el dolor vuelve entrando por una puerta mal guardada...

Su turbación era tal, sentía tanta cólera contra sí misma, tanta indignación por su debilidad, tanto temor por el porvenir, que pareció volverse loca; de prisa, casi corriendo, como si la persiguieran, encaminóse hacia la casa y se encerró en su cuarto.

Pero la soledad y la noche no eran á propósito para calmar aquella alma profundamente trastornada. Su amor propio, su orgullo de mujer, el sentido práctico que tenía de la vida y que le hacía ver inmediatamente todas las consecuencias, todas las dificultades de una nueva situación, chocaban en su cerebro añadiendo á su angustia moral todas las complicaciones materiales imaginables. Echóse en la cama sin poder conciliar el sueño y siguió con ansiedad los progresos del alba: aquel nuevo día ¿le traería la paz?

Estaba enteramente segura de lo contrario; así es que á las cinco de la madrugada, no pudiendo soportar la inmovilidad, adoptó una resolución rápida: alguna ropa blanca en el pequeño saco de mano que solía llevar cuando iba á compras; unos billetes de banco en su cartera, y su manojito de llaves encerrado en su arca de caudales, fueron todos sus preparativos de viaje. Necesitaba una calma absoluta para recobrar el dominio sobre sí misma, y comprendía que esa calma no la gozaría nunca en medio de los suyos en la vida ordinaria.

Subió con Juan al coche y lo acompañó al liceo; á la puerta de éste, titubeó. ¿Debía besar á Juan como de costumbre y dejar que Julia le notificase su partida? Su rectitud y la confianza que tenía en el buen criterio del niño la decidieron.

—Parto para un corto viaje, le dijo; dos ó tres días solamente. Cuando salgas esta tarde del liceo, irás á ver á tía Julia y le repetirás lo que acabo de decirte, rogándole que te tenga en su casa durante mi ausencia, que yo ya le escribiré. ¿Me has comprendido?

—Sí, respondió Juan mirándola de un modo particular. ¿No estás enferma, tía Aurette? ¿No te ha sucedido nada desagradable?

—No me ha sucedido nada y me siento perfectamente. Mientras esté fuera trabaja como si estuviese aquí.

—Pierde cuidado. Ya comprendo; te han aburrido con su cazador de lobos... ¡Valiente idiota es ese Dorvety!

—No es idiota, Juan, ni es esta la causa de mi viaje...

«¿Pues cuál es?», preguntó el niño con la mirada. Aurette se sonrojó como si realmente Juan hubiese formulado aquella pregunta con los labios; le besó y se separó de él.

Un minuto después el niño encontró á Villandré.

sin precisarlo. Por lo demás, poco le importaba en aquel momento que su brusca partida pareciese extraña á aquellos á quienes amaba, pues lo que ante todo quería era examinarse á sí misma sin que nadie la estorbara ni influyera en ella.

Nunca había ido sola más allá de Tours ó de Nantes, y el solo hecho de hallarse sentada en un vagón, del todo libre é independiente, parecióle singular en su presente situación. Llegar de noche á una ciudad desconocida, pedir un cuarto en una fonda, verse allí sola con una única bujía, eran cosas que debían extrañarla; pero de antemano se resignó á ellas, no sin un vago pesar por haber ido á buscar tan lejos la solución de un problema que habría podido resolver tal vez sin emprender tan largo viaje. De todos modos había querido alejar su cuerpo y su alma del lugar de sus afecciones, y á la mañana siguiente pudo convencerse ya de que había encontrado lo que deseaba.

Había querido ir al fin del mundo, y en el fin del mundo estaba en efecto. Despertóse en una habitación clara y alegre, bañada por el sol; el mar jugueteaba en la arena, muy cerca; algunas rocas negras hacían resaltar la blancura brillante de la espuma, una alegre animación agitaba las banderas en lo alto de los mástiles que se alzaban en la playa, y allá á lo lejos, entre el vapor matutino, esfumábase la costa del Finisterre que penetraba osadamente en el Océano.

Dieron las siete en el viejo campanario de Quiberón, y Aurette se sintió de pronto como transportada á un mundo diferente. Bajó presurosa á la playa, que se extendía ampliamente entre rocas de escasa altura; unos cuantos niños se bañaban vigilados por sus madres; no había allí artificio alguno, ni el menor sacrificio hecho en aras de la moda; la gente iba, no á competir en elegancia, sino á bañarse y á respirar aire salino. La belleza y distinción de Aurette no podían pasar inadvertidas en ninguna parte, y sin embargo, aquellas gentes se contentaron con mirarla de soslayo, sin importunarla con una atención indiscreta. La señorita Leniel encaminóse hacia el Oeste con el propósito de dar la vuelta á la península, y cuando estuvo en la punta más avanzada y se vió rodeada de agua por todas partes, excepto por la delgada faja de tierra que detrás de ella se extendía, sentóse recostada en un peñasco y resguardada por su sombrilla del sol, de la brisa y de los curiosos, y hundió su pensamiento en lo más profundo de su alma.

Que su vida había experimentado un gran trastorno, no podía negárselo á sí misma; el elemento imprevisto que últimamente había penetrado en ella no era de esos que apartamos con la mano, como una mosca importuna. Desde hacía semanas, meses, la existencia de Aurette había entrado insensiblemente en una vía nueva, en la que había aprendido á esperar el auxilio ajeno en vez de obrar únicamente por sí misma; la energía que en otro tiempo le permitiera llevar, sin doblegarse, las cargas de los suyos, ahora le faltaba, ó cuando menos le parecía insuficiente; había sentido que el peso de la responsabilidad era excesivo para sus hombros, y Villandré, presentándose como por casualidad..., si, por casualidad seguramente, le había repentinamente aliviado de su angustia... ¿Qué de extraño, pues, que hubiese aprendido á pensar en él, á desear su presencia?..

De no haber existido Juan, ¿habría el joven profesor ocupado un puesto tan importante en sus pensamientos? «¡No!» se contestó Aurette discutiendo



—Gracias, señorita, dijo el profesor tomando la taza

—¿Están todos bien en el Nido?, preguntó el profesor.

—Muy bien, gracias, respondió Juan. Tía Aurette se va.

A Villandré se le oprimió el corazón y no atreviéndose á preguntar adónde iba, dijo simplemente: —¿Por mucho tiempo?

Mas como la campana había dado el último toque, Juan echó á correr haciéndole un signo que el profesor no supo cómo interpretar.

Una hora después el tren conducía á toda máquina á Aurette hacia el Océano.

XI

Aurette no se había equivocado al suponer que el alejamiento le devolvería la calma, siquiera en parte; en efecto, á medida que aumentaba la distancia que la separaba de Angers, poníase más sobre sí, y los paisajes muy conocidos que ante sus ojos se desarrollaban, recordábanle impresiones de infancia á propósito para restablecer en su alma una tranquilidad relativa. Desde Nantes envió á Julia un telegrama que había de completar el insuficiente recado verbal confiado á Juan; en él alegaba, para explicar su viaje, el cansancio y la necesidad de cambiar de aires, y anunciaba su regreso para un día de la próxima semana, pero

de no haber existido Juan, ¿habría el joven profesor ocupado un puesto tan importante en sus pensamientos? «¡No!» se contestó Aurette discutiendo

de no haber existido Juan, ¿habría el joven profesor ocupado un puesto tan importante en sus pensamientos? «¡No!» se contestó Aurette discutiendo

de no haber existido Juan, ¿habría el joven profesor ocupado un puesto tan importante en sus pensamientos? «¡No!» se contestó Aurette discutiendo

consigo misma, como habría hecho defendiendo un tema delante del público. ¡No! Sin Juan no había razón para que Villandré penetrara en la vida íntima del Nido.

Al llegar á este punto de sus meditaciones, la conciencia de Aurette, conturbada, aventuró una tímida objeción: el profesor se había portado tan bien con ocasión de la boda de su hermana, que merecía indiscutiblemente la mayor estimación; y en esto Juan no entraba para nada.

Aurette se ruborizó, embrollóse é intentó luchar, pero fué en vano: tenía razón su conciencia y era preciso en definitiva reconocerlo así. Lucila había empezado la obra hablando con entusiasmo de aquel hermano adorable; Juan la había completado poniendo su cariño en el joven profesor, y Julia, á su vez, había contribuido á ella señalándole como merecedor de su simpatía; todos se habían coligado en contra suya para atraer su cariño sobre aquel desconocido... ¡Imprudentes, qué habían hecho! Habían destruído la paz interna de aquella á quien amaban.

El alma de Aurette se sublevó ante el recuerdo amargo de sus penas pasadas. ¡Cómo! ¡Amar todavía después que el amor le había hecho tanto daño! Empezar de nuevo á creer, á esperar, á desear, á consumirse otra vez como una lámpara en un altar... Verse nuevamente desengañada, ofendida, lastimada; recibir en el corazón otra herida y ocultarla en la soledad, una soledad más amarga, más completa, en la que nadie pudiera encontrarla... La soledad del Nido era una engañosa é hipócrita soledad, puesto que hasta ella había podido llegar el amor. No, no amaría, no quería amar, porque amar era caer, ponerse al nivel de las infelices jóvenes hambrientas de cariño que aun en la edad de las canas se enamoran puerilmente cada mes ó cada semana de una cara de hombre cualquiera vista en cualquier parte. ¡Cuántas veces esas pasiones inocentes y ridículas habían arrancado una sonrisa á Aurette! Amorcillos de solterona, decía..., y ahora era ella la que se enamoraba... ¡Qué humillación!

«No es verdad —le dijo su conciencia. —¿Sabes bien si la superioridad de ese hombre ha sido la única causa de tu error? Tu amistad se ha transformado en amor, y en esto no hay nada de humillante, puesto que ese hombre te ama.»

Villandré la amaba, sí, no podía dudar. Aquel hombre altivo hasta la desconfianza, se había vendido; la amaba. ¿Y para qué? ¿Qué haría él de aquel amor inútil? ¿Y ella, qué haría? Era este un secreto que jamás podrían confiarse, por temer cada uno de ellos más que nada la censura ó la burla del otro.

Aurette sintió un impulso de cólera. Villandré no hubiera debido amarla, ya que ese amor á nada podía conducir. Pobre y orgulloso como era, ¿qué necesidad tenía de fijarse en ella? Le conocía bien y sabía que viviría desgraciado y silencioso, sin que aquel amor, de que tan enorgullecida habíase sentido ella en un principio, sirviera para otra cosa que para atormentarles á los dos. ¡Imprudente! ¡Por qué no había sabido permanecer impasible! Así siquiera habría ella vivido tranquila ignorando lo que ahora le causaba una pena tan intolerable...

Su dolor aumentaba por momentos, como la marea que se estrellaba á sus pies salpicándola á veces con un chorro de espuma. Al fin brotaron de su pecho irritados sollozos; al principio quiso contenerlos; pero luego, impotente, debilitada por su larga lucha, se abandonó, y dejando caer las manos sobre su falda, rompió á llorar.

¡Y eso que se había prometido no llorar nunca más! Había pasado la edad de las lágrimas fáciles, que alivian, y sabía cuánta tristeza dejan en pos de sí las crisis cuando ya se ha marchitado la flor de la primera juventud. Pero el retoño de amor que por un instante había animado su vida le había traído también el don del llanto que no deja huellas, y como bajo la acción benéfica de una lluvia de abril, sintió que su alma se ablandaba.

¡Pobre Villandré! ¡El sí que era digno de lástima! Ella, á lo menos, sabía que era amada y guardaría el placer de saberse elegida y preferida, á pesar de todas las penas de que ese placer pudiera ir acompañado; él, en cambio, nunca sabría que ella le amaba, porque el orgullo que sellaba sus labios de hombre

condenaba con mayor motivo á Aurette al silencio. ¡Para él el amor carecería de goces!

«Y sin embargo —pensó Aurette,—estoy segura de que no querría renunciar á ese amor, de que, más valiente que yo, que maldigo mi sufrimiento, él ama el suyo.»

Y al tierno rocío de la piedad sucedieron lágrimas de desaliento, de vergüenza, de angustia.

Iban sonando las horas en el viejo campanario de Quiberón, y Aurette sentía cierto malestar ante la idea de ofrecerse de nuevo á miradas indiferentes. ¿No encontraría en parte alguna la verdadera soledad, aquella en que se puede reír ó llorar sin que de ello se preocupe nadie?

No. Un hombre puede buscar ese aislamiento; una mujer, no. La Srta. Leniel se levantó, cogió en su mano un poco de agua de lluvia depositada en el hueco de una roca para lavar su rostro inflamado por

Con profunda amargura se complació en convenirse que no había dos seres hechos más el uno para el otro que ellos dos; Juan, que habría podido ser causa de apartamiento, era, por el contrario, un lazo que estrechamente los unía, y Aurette lamentaba con toda sinceridad, no sólo por ella, sino también por su sobrino, que aquel matrimonio fuera imposible, porque ¡cuán excelente padre habría sido Villandré para aquel niño cuyas cualidades y defectos comprendía, que le amaba y que de todo corazón se le habría sometido!

Era imposible, sí; no había que pensar en él. Aurette no podía desprenderse de su fortuna, convertirse en pobre para igualarse á él... Ya se le había ocurrido este recurso; pero lo había rechazado con una sonrisa de conmiseración. ¿Qué diría la sociedad? ¿No la tacharían de loca Julia, Armando y el mismo doctor Rozel? ¿Y qué concepto formaría la gente del hombre que hubiese admitido sacrificio semejante? Y además, abandonar el Nido... Ante esta idea el corazón de Aurette desfalleció; no, no podía dejar de ser lo que había sido siempre... El destino lo quería así, y ella obedecería al destino y seguiría siendo la rica señorita Leniel.

Aurette adoptó esta resolución una noche, mientras contemplaba la bahía plateada por la luna. Era una noche de apacibilidad exquisita; el viento, que había atravesado los brezales bretones, olía á miel; todo parecía sosegado, dispuesto al reposo, y sin embargo, el viento marino agitaba de cuando en cuando las banderas de los mástiles y cierta energía palpitaba debajo de aquel olor perfumado.

—Sea, dijo Aurette; mañana vuelvo al Nido para no salir de él nunca más. No quiero enternecerme pensando en lo que habría podido ser, ni quiero llorar por lo que jamás será. Doy gracias á la alegría que ha entrado en mi vida y que conservaré sin pesar... en cuanto sea posible. Nadie sabrá lo que he sentido; guardaré celosamente mi secreto, demasiado bello, demasiado puro para ser revelado á nadie, ni siquiera á Julia, y viviré como hasta aquí he vivido, procurando ser mejor para honrar al que amo y que con ello será dichoso... Y en esa existencia todavía habrá muchas horas buenas... Y él me ayudará á educar á Juan como si fuera mi marido...

Aún cayeron algunas lágrimas de los ojos de Aurette mientras se trazaba ese programa de muda resignación. De pronto se acordó de lo que un día le había dicho el doctor Rozel á propósito de la novela de Pedro Loti:

«En el mundo no se encuentran los grandes amores silenciosos.»

—¡Tal vez son más frecuentes de lo que él se imagina!, se dijo comprendiendo por vez primera toda la belleza penetrante del libro que en otro tiempo la hiciera llorar, y en el cual iba á encontrar en lo sucesivo cierto misterioso consuelo.

XIII

Al día siguiente, tal como había dicho, Aurette regresó al Nido, no sin antes visitar á su hermana, á la que encontró menos asombrada de su viaje de lo que pudiera suponerse.

Juan había expuesto su opinión «de que la habían aburrido con aquel idiota de Dorvety» y Julia la había aceptado sin dificultad.

—Ya no te hablaremos más de matrimonio, dijo ésta á su hermana acariciándola con el gesto y con la mirada; serás solterona á tu gusto, solterona confirmada; pero por favor no vuelvas á escaparte como ahora sin decir oxe ni moxe. Nos has castigado con demasiada severidad. ¿No sabes que anteayer era domingo y que el Nido estaba cerrado? ¡No vuelvas á castigarnos, Aurette! ¡Te prometo que seremos buenos!

Los hermosos ojos de Julia, generalmente tan serenos, estaban humedecidos por las lágrimas mientras dirigía esos ruegos á su hermana. Aurette comprendió de pronto cuán firme era aquel afecto, en el que había no sólo vulgar cariño fraternal, sino además estimación, confianza, participación en los sufrimientos.

(Se continuará.)



La belleza y distinción de Aurette no podían pasar inadvertidas

el llanto, y regresó lentamente á la fonda. Una mujer, á no ser que haya roto para siempre con la sociedad de sus semejantes, ha de saber soportar sus inquietudes, sus penas, hasta sus torturas físicas y morales sin que el mundo se entere de ellas. ¿Disimulo? No, cortesía, respeto á sí misma, pudor de alma y de cuerpo... Comprendiéndolo así Aurette, se resignó.

En los días siguientes su género de vida no se modificó: comía en el gran comedor, evitando hacerlo sola para no llamar la atención, y pasaba el resto del tiempo en la punta de la península, en el lugar que había escogido para sus meditaciones. Nadie allí la turbaba; nunca vió pasar por allí más que á las gaviotas que cruzaban el espacio entre el cielo y sus ojos fatigados por las lágrimas.

Un abatimiento grande se apoderó de ella: su buen sentido, la rectitud de su juicio le demostraron que ella y Villandré eran, en definitiva, víctimas de preocupaciones y convencionalismos que su inteligencia reprobaba, aunque á ellas se sometiera. Aurette, de haber sido pobre, se habría casado sin dificultad alguna con el profesor; éste, si hubiese sido rico, habría pedido inmediatamente su mano. De modo que lo único que levantaba entre los dos una barrera infranqueable, absolutamente infranqueable, era la diferencia de fortunas.

A veces, en circunstancias excepcionales, los reyes se han casado con pastoras y el mundo ha aprobado su elección, aunque no siempre; pero Aurette sabía lo que piensa la sociedad de los pastores que se casan con reinas, y el sentimiento de estimación y de gratitud que sentía por Villandré se rebelaba ante la idea de ver á éste de tal modo juzgado. Y sin embargo, la sociedad, con ser un obstáculo muy temible, no era el peor; el peor obstáculo era el mismo Villandré.



San Sebastián.—Concurso de bandas.—Las bandas reunidas en la plaza de toros ejecutan una pieza de conjunto bajo la dirección del maestro Masson. (De fotografía de Frederic.)

SAN SEBASTIÁN

CONCURSO DE BANDAS Y ORFEONES

Ha comenzado en la capital de Guipúzcoa el período de las fiestas veraniegas con el concurso de bandas

de música y el de orfeones. En el primero obtuvieron el primer premio la banda Marcial de Eibar; el segundo la de Galdácano, y el tercero la de Oñate. Las bandas reunidas, en número de 1700 ejecutantes, tocaron en la plaza de toros un paso doble, bajo la dirección del maestro Masson.

En el concurso de orfeones los premios fueron para los españoles de Motrico y Guernica y para el francés de Thanès; también los obtuvieron, en el concurso de honor de la sección francesa, los de Bayona y Le Reale.

El premio de honor, de 10.000 pesetas, lo alcanzó,



San Sebastián.—Concurso de orfeones.—El orfeón «Euskertia» de Bilbao, que ha obtenido el premio de honor en el concurso internacional. (De fotografía de Frederic.)

sin contrincante, el famoso orfeón *Euskaria*, de Bilbao, que es indiscutiblemente uno de los mejores de España. La última parte del concurso, en la que ese premio fué adjudicado, celebróse en el Teatro Circo, entre un público tan numeroso como distinguido, que aplaudió con entusiasmo á los cantores bilbaínos.

Terminado el concurso, el no menos famoso Orfeón Donostiarra interpretó las hermosas obras *Vizcaya*, de Bretón, y el *Tedéum*, de Rillé, presidente del Jurado, que fueron calurosamente aplaudidos.

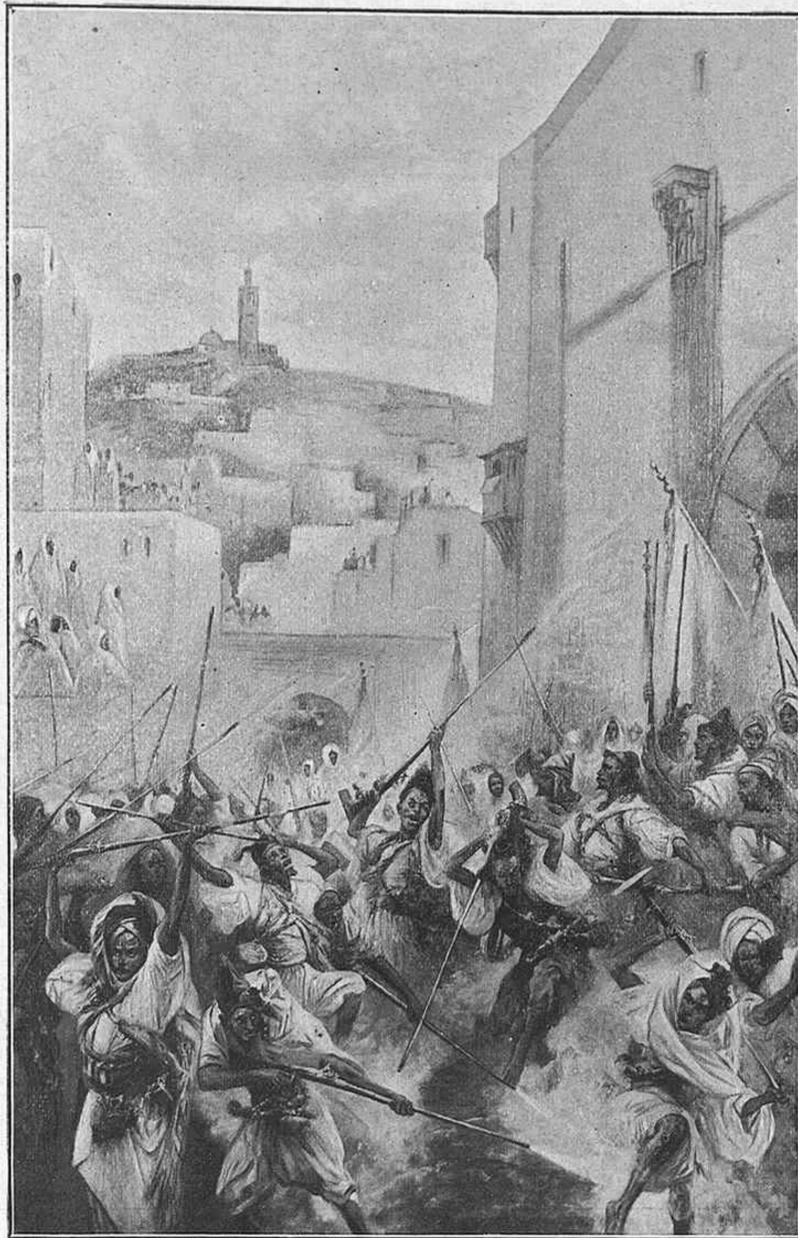
San Sebastián está actualmente animadísima, y los festejos se suceden sin interrupción, contribuyendo no poco al esplendor de las fiestas la presencia de SS. MM., que como todos los años veranean en el palacio de Miramar.—P.

EL INSTITUTO CARNEGIE

DE PITTSBURGO

Gracias á la munificencia del millonario Carnegie, que ha destinado 23 millones de dólares (120 millones de francos) á la fundación de una Universidad, Pittsburgo (Pensylvania), la ciudad del acero y de las manufacturas, será en lo sucesivo también ciudad académica. En efecto, á ella ha correspondido el alto honor de recibir la enorme suma para construir el «Instituto Carnegie,» cuyos recursos y esplendores han de eclipsar á los más opulentos establecimientos universitarios de ambos mundos.

El Instituto ocupa una superficie de dos hectáreas, es decir, veinte áreas más que el Capitolio de Chicago; y en los vastos salones y vestíbulos de sus edificios han entrado seis mil toneladas de mármoles preciosos de diez y seis variedades diferentes, cuyo precio total asciende á cerca de cuatro millones de francos. Vense en aquellas es-



Corriendo la pólvora, cuadro de G. Clairin (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1907.)

tancias columnas de mármol del Pentélico y de la isla de Tinos en gran número, no habiendo en el Nuevo Mundo ningún otro edificio tan ricamente decorado con tan preciosos materiales.

La fachada del Instituto tiene el aspecto de un palacio griego, aunque con tendencia a lo gigantesco, que es precisamente la negación del arte helénico; una serie de vanos cimbrados y alternados con pilastras adorna el cuerpo central, que tiene á derecha é izquierda dos alas en forma de columnatas dóricas. En el último término, álzase la gran pirámide de la bóveda que cubre el patio interior y domina el conjunto del edificio.

Además de los anfiteatros en donde se dan las clases universitarias y cuya magnificencia hace palidecer las más hermosas instalaciones de ese género de que se enorgullece Europa, contiene el Instituto ricas galerías de arte y museos de toda clase. La galería de obras antiguas, construida al estilo dórico, comprende millares de vaciados que reproducen todas las obras maestras de las esculturas egipcia, asiria, griega y romana; y en el museo de arquitectura se admiran, entre otras reproducciones interesantísimas, una copia del Partenón reconstituido, con sus triglifos, metopas y frisos puestos sobre columnas cuya altura es exactamente igual á la del original.

Formando vivo contraste con todos esos salones severamente decorados con mármoles blancos y negros y con bronce, el salón de conciertos ostenta la rica pero armoniosa policromía de los mármoles de colores variados y combinados con los dorados más opulentos.

Las ciencias naturales tienen allí un museo riquísimo; las colecciones de insectos, entre otras, cuentan un millón de ejemplares; la de mariposas es la más rica del mundo.

La biblioteca se compone de 800.000 volúmenes.—T.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^e St-Denis, 16

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS.
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Monumento al poeta Teodoro Fontane recientemente inaugurado en Neuruppin (Alemania), obra de Maximiliano Wiese. (De fotografía.)

Hace pocas semanas se ha inaugurado en Neuruppin, ciudad natal de Teodoro Fontana, ese monumento que reproducimos, erigido á la memoria del popular y genial poeta alemán.

En un montículo circundado de rocas y sombreado por tilos y encinas, álzase un banco de piedra; sentado en él, el poeta parece descansar de un largo paseo; tiene en la mano izquierda un libro en que apoya el brazo, y en la derecha, una pluma; su hermosa

cabeza erguida, su contraída frente, su escrutadora mirada, denotan al pensador que trata de grabar en su mente una impresión producida por el contacto íntimo con la naturaleza. El cuerpo reposa; el alma labora, llevando al corazón y al cerebro los elementos para alguna de las composiciones sublimes que han inmortalizado su nombre.

La ceremonia de la inauguración revistió las proporciones de un acto nacional, al que concurrieron las personalidades más ilustres de la literatura alemana.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

**AVISO Á
LAS SENORAS**

EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

**VINO
AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN